

Fransiles Gallardo
Puka Yaku
Río de sangre

Fransiles Gallardo

Puka Yaku
Río de sangre

Grupo Editorial Arteidea

*A los tocachinos,
quienes en medio de la tempestad
se mantuvieron incólumes
ante la tentación, la ambición y la venganza.*

LOS INGENIEROS, EL TERRORISMO Y LA REPRESIÓN EN EL PERÚ

El conflicto armado interno vivido en nuestra patria, entre 1980 y el 2000, duró veinte largos, trágicos y desesperanzados años donde la tragedia se convirtió en un acontecimiento cotidiano y luctuoso en el Perú.

Ha sido el de mayor duración, el más extenso y el de más elevados costos humanos y económicos de toda la historia republicana de nuestra patria.

Ni la Guerra con Chile, ni el Terremoto de 1970 fueron tan devastadores.

Es probable que la población menor de treinta años y los ingenieros jóvenes del Perú desconozcan o no recuerden este luctuoso capítulo de la historia de nuestra patria.

Dentro de la vorágine, el conflicto, el caos y la incertidumbre político-social, los ingenieros estuvimos en medio.

Por nuestro trabajo estatal o privado, los ingenieros marchamos con nuestro equipaje de proyectos, ilusiones y realizaciones hasta los más recónditos parajes de nuestra agreste y hermosa patria para, en el ejercicio de nuestra profesión, proyectar, construir, cumplir contratos, supervisar, llevar progreso y desarrollo.

En esa época, bajo el fuego cruzado de la subversión y la represión, los ingenieros peruanos sufrimos en carne viva las consecuencias de este flagelo. Sucede que la responsabilidad profesional nos permite y obliga a ser los primeros en llegar a los lugares más inhóspitos de la variopinta geografía nacional, en el ejercicio de nuestra vocación y servicio.

La violencia y la tragedia impactó desigualmente en los distintos espacios geográficos y en diferentes estratos de nuestra población. Como siempre, los más pobres y necesitados, sufrieron las peores consecuencias.

Básicamente, la tragedia la sufrieron las poblaciones del Perú rural, andino y selvático, quechua y asháninka, el campesino pobre y poco educado, sin que el resto del país la sintiera y asumiera como propia, hasta que...

Sólo cuando la violencia terrorista llegó a Lima, con la explosión de Tarata, secuestros y muerte de dirigentes, la capital de la República recién se enteró que la violencia existía, remecía estructuras y el peligro de ir al trabajo y no retornar a casa, espantó a la clase gobernante del país.

Y los ingenieros estuvimos en medio de la tormenta.

Estas desventuras ingenieriles vividas y sentidas fueron magistralmente reflejadas en el libro *Entre dos fuegos. Historias de ingenieros*, de nuestro colega el ingeniero y escritor Fransiles Gallardo, publicado el 2007 siendo Decano Nacional el ingeniero Héctor Gallegos Vargas.

Muchos de nuestros colegiados y profesionales sin colegiar fueron víctimas directas o indirectas de la insania, la violencia y el fuego cruzado. Su delito, simplemente cumplir con su profesión, es decir, ser ingeniero en el Perú.

Además, al surgimiento y expansión de la subversión senderistas, emerretista y la represión militar-policial, se sumó el narcotráfico y su violencia colateral.

El crecimiento de las áreas de cultivo de coca destinadas al narcotráfico, en la ceja de selva de nuestra patria, facilitó la aparición de grupos armados irregulares vinculados a esta ilícita actividad y sus luctuosas consecuencias en la población civil y en nuestros colegiados.

La zona del Alto Huallaga fue, desde mediados de los ochenta, uno de los escenarios de mayores enfrentamientos de todo el conflicto interno.

En consecuencia, el río Huallaga se convirtió en la fosa común de restos humanos más grande del país.

En este escenario el ingeniero Fransiles Gallardo escribe las 23 narraciones que componen este conmovedor y estremecedor libro *Puka Yaku. Río de Sangre*.

El ingeniero Gallardo llegó hasta Tocache para construir un colegio y la gran mayoría de sus trabajadores aún tenían y

mantenían las secuelas de esta insania violentista, sin saber como ni por qué.

Aún sangraban heridas. Aún existían cicatrices sin curar y silencios que guardar.

Según el testimonio del ingeniero Fransiles Gallardo, no ha sido fácil que los moradores de Tocache abrieran el desván de sus recuerdos para que fluyera tanto empozado dolor.

Para el Colegio de Ingenieros del Perú, apoyar este esfuerzo intelectual es un deber con nuestra institución y una obligación moral para dejar testimonio escrito de lo cruenta que resultó para nuestra patria tanta violencia junta.

Felicitamos al ingeniero Fransiles Gallardo por sus relatos que emocionan y conmocionan, que reescriben la historia del Perú desde adentro, desde la óptica, la presencia y el sentimiento de un ingeniero.

Auguramos a *Puka Yaku. Río de Sangre* y a su autor el ingeniero Fransiles Gallardo, el mayor de los éxitos literarios y que este, su testimonio de vida, se mantenga como una antorcha para las futuras generaciones de ingenieros.

En el Colegio de Ingenieros del Perú la consigna será siempre que el terrorismo, la subversión y la represión: nunca más.

Ing. Carlos Herrera Descalzi
Decano Nacional
Colegio de Ingenieros del Perú

Prólogo

Fransiles Gallardo, ingeniero civil de profesión, poeta y narrador de talento, nos entrega ahora **Puka Yaku. Río de sangre**, un conjunto de cuentos escritos con voz propia y registrada con definitivo talento.

Explico por qué.

Existe una cuentística importante surgida en las décadas del 90 al 2010, en la literatura peruana.

Es un hito bien ganado.

Fue, en un inicio, señalada por un consenso de la crítica nacional e internacional como la «narrativa de la violencia», la que luego pasó a ser «narrativa de la violencia armada», de la «guerra subversiva» o de la «guerra popular».

En este marco sobresalen y se consagran autores (que concursan y ganan merecidamente premios de todo calibre dentro y fuera del país). Llama de inmediato la atención.

Esta literatura atrapa la curiosidad. Refieren hechos sociales de suma violencia. Situaciones que sobrecogen, aterran, asquean. Las bombas y la sangre, las desapariciones humanas y las muertes encarnizadas, misteriosas, amañadas, aparecen también en la vida real, en las primeras planas de los diarios capitalinos y tocan alarma.

Esto no es ficción. La historia peruana siempre fue cruenta. Y, dadas estas nuevas formas de violencia y crisis social, la narrativa breve las retrata.

Son los cuentos que describen la violencia armada en mu-

chos ámbitos, sobre todo en las zonas centro y sur del país, y en la ciudad capital, por supuesto.

La violencia que atañe, en especial, a los espacios (provincias, pueblos y caseríos) más alejados y pobres, donde hay carencia indispensable para vivir: oportunidades de trabajo, medicinas, escuelas, alimentos, seguridad ciudadana, industrias, universidades; lugares, a veces, de pase de droga y «protegidos» solapadamente por el narcotráfico y, aunque parezca increíble, por las mismas fuerzas armadas o las policiales, según se ve en los cuentos y en algunos diarios.

Y la indolencia de la opinión pública y la iglesia, lo sabe (la corrupción en todas las instituciones del país tiende a crecer, como en muchos países del mundo). Y hay en esta población «olvidada» por el Estado, marginal, desprotegida: resentimientos por lo que signifique gobierno nacional, instituciones públicas, «democracia de los ricos», Congreso de la República, justicia del Estado, «congresistas», partidos políticos, medios de comunicación (alarmistas, racistas ante todos los colores, salvo lo blanco y rubio; o indolentes, salvo excepciones).

Cuentos donde muchas veces las fuerzas de Sendero Luminoso se ven confrontadas con las fuerzas militares o policiales; y donde el cuento, no siempre imparcial en sus puntos de vista o parcializado con una u otra ideología (la del poder, la de los militares, o la de los subversivos), nos ofrece una imagen de todos modos terrible. Donde al entrechocar policías o militares vs. subversivos, se escenifican anécdotas nunca vistas en el imaginario narrativo, hechos y escenas con imágenes brutales: degollamientos, torturas, fusilamientos, linchamientos, decapitaciones, atropellos, abusos, persecuciones y masacres a humildes campesinos, como asaltos a puestos policiales; muertes de niños, ancianos y mujeres inocentes y desarmadas; incendios, saqueos y violaciones no solo a mujeres jóvenes, también a niños o ancianas. Ilícitos cometidos por ambos bandos.

Cuentos donde se señala también cómo es que los subversivos luchan contra: la corrupción, el abuso del poder del Estado, los narcos, las injusticias sociales; además contra los 'sucios y ocultos negociados del llamado Estado con las trasnacionales', como contra las grandes mafias burocráticas del Poder legal y sus leyes arbitrarias, convenidas e injustas. En tanto que, como contraparte: los del gobierno se empeñan, a punta del terror que producen las armas y las bayoneta, la granada y las balas, por imponer con su presencia un orden basado en las leyes «creadas en democracia, por proteger sus intereses», que son los que «les conviene al pueblo».

Luego, la narrativa surgida en estos años, con esta impronta de guerra y sangre y clamor por una justicia popular (emerretista o senderista) parecería haberse impuesto de tal modo que habría desplazado otras formas de argumentar historias, de crear cuentos.

No habrá un buen cuento si es que éste no trata la «lucha popular». Y quien no se ciñe a este juicio, no es un buen escritor. No valdría otros modos de ver la vida, aunque ésta no siempre sea sangrienta desde que también es compleja, profunda, llena de misterios en todos los actos y recovecos del espíritu humanos.

Y en este contexto se llega a sentir que 'cuento que no se enmarca con el sello de la violencia armada, está fuera de la historia y fuera de las antologías. No son trascendentes en este contexto de indignación y rebelión popular. Y, por tanto, no merecen estudio o crítica'. Porque 'sus personajes viven en una burbuja de aire' y no alcanzan a trascender como para llamar la atención al lector de modas literarias que busca la explosión del petardo en los cuentos.

Como si estos temas fuesen requisitos indispensables. Motivando, incluso, una sensación de vacío por los cuentos de Ribeyro o de Arguedas, puesto que, aunque prestigiados, se

sentirían ya obsoletos, 'quedaron atrás, la coyuntura de la historia lo exige'.

Así aparecieron en estos últimos 30 años, revistas, congresos de escritores, gruesas antologías y prolíficas críticas literarias tratando la nueva temática: la literatura de la violencia armada.

Y con ella, los escritores de aire heroico, los Ché de la pluma y del cuento, los dueños de la verdad, los Túpac Amaru redivivos hechos narradores del pueblo, las metralas del verbo pensante con nueva visión ideológica. Sin ellos los Andes y la selva se vienen abajo.

Nadie más siente o piensa, sólo ellos tienen derecho al resentimiento.

Sin embargo, ahora que aparece **Puka Yaku. Río de sangre**, el nuevo libro de Fransiles Gallardo, se descubre algo muy importante, por lo menos desde mi punto de vista.

Y ello es: **la autenticidad**. Algo que tiene que ver con el tono personal, emocional, vivencial y, por tanto, con la experiencia propia en los puntos de vista que aplica el autor en sus cuentos.

Y es que los cuentos del llamado 'boom de la literatura de la subversión', justamente, resultan en gran medida **inauténticos**.

¿Por qué? Porque se perciben efectistas, en su mayoría se les huele a cuentos con historias extraídas de periódicos, noticias de la TV o de la radio; o de artículos, ensayos y revistas. Y lo peor: resultan, a lo largo de los años, las mismas historias 'refritas' (la misma cantaleta, iguales tratamientos, diálogos, tono emocional, técnicas) que se reinventan y se remedan en otros cuentos.

Y lo más terrible: sus autores no han pisado el lugar de la historia que describen. Y si la han pisado, es porque ya pasó todo. No fueron a donde olía la pólvora. Cuando ésta reventaba ellos estaban en Lima o en su provincia, lejos del fragor, bien

protegidos, o fuera del país.

En otras palabras, no experimentaron esa realidad de la que hablan. Aunque tampoco el 'haber padecido una experiencia real y hablar de ella', garantiza la calidad de un cuento.

¿Y cómo, además, se percibe la inautenticidad? Fácil. Muchos de sus cuentos aparte de sentirse esquemáticos y melodramas distantes, a veces más parecen ofrecer una visión turística pero dramática.

Pero más huelen a artificio, a telenovela mexicana o peruana mal hechas.

Lo que narran logra crear bulla, alarma, pero no vibra, no palpita ni respira vida real, auténtica. No huele a vida sino a simple ficción y fingimiento. No se les percibe sudor ni hedor humano. Se sienten historias truculentas (aunque nuestra historia lo sea, como lo son algunas obras clásicas; y aunque nuestra historia sea además: despiadada, cruenta, escandalosa, mórbida); tampoco resudan ese aroma a campo gozado o sufrido por quien realmente lo ha trajinado y vivido.

Y, claro, en las literaturas de todo mundo ocurre lo mismo. Pero hay literaturas auténticas e inauténticas. Como escritores auténticos e inauténticos. Y en esta temática de la literatura con los temas de la «guerra armada popular», los escritores y los cuentos inauténticos sobran; y más, los escritores con pose de guerrillero frustrado, quienes nunca estuvieron en ningún lugar de combate; o, apenas quienes tiran la piedra y esconden la mano.

Con **Puka Yaku. Río de sangre**, los 23 cuentos reunidos en este libro del escritor e ingeniero Fransiles Gallardo, no tenemos como lectores, en lo que se refiere a su calidad literaria y a su autenticidad, nada que lamentar, sino agradecer la presencia de un excelente trabajo artístico.

El de ser un libro que, dados sus méritos, fácil podría trascender las fronteras; ser leído aquí, en Ecuador, Chile, México

o en cualquier país del mundo, de llegar a ser traducido. Bien lo merecería.

Los cuentos están ambientados en el pueblo de Tocache (provincia del departamento de San Martín, Perú). Una zona de la selva peruana, cercana a Huánuco y Tingo María. Y tal como lo describe Fransiles, a lo largo de sus cuentos, es un pueblo hermoso, de mucho calor, lleno de vida, con habitantes alegres y sencillos.

Gente con la que Fransiles Gallardo trató como ingeniero civil, como amigo y confidente, de donde resultan estos cuentos.

Fransiles, en Tocache, nunca estuvo en un lugar de combate, solo fue el ingeniero que llegó allí a trabajar, a ejercer su profesión y a construir un colegio. Pero convivió con su pueblo.

Los escuchó hablar y llorar. Como ante un padre o un familiar querido, le contaron muchas historias. Y Fransiles las cobijó con cariño y respeto. Y, según Fransiles confiesa, lloró con ellos.

Y también se encariñó con Tocache. Y Tocache fue más que un nombre. Más que Tocache, gustó de su historia. Con sus bares, hospedajes, hoteles, restaurantes turísticos, sus calles, sus lluvias y truenos, su sofocante calor, un puente y sus colegios, la 0412, 0413 y el Scorza.

De no ser por las guerras buscando el control y el poder por la fuerza de la violencia brutal o el poder de las armas, entre los narcos contra narcos, o entre los senderistas contra los narcos, el ejército y la policía, este pueblo de Tocache sería un lugar privilegiado, de disfrutes, cercano a la idea de un paraíso.

Posee un hermoso río, el Wallaga (tal como lo escribe y siente el autor), una iglesia, un santo digno de festividad y procesiones llamado «San Fan» (San Juan); y, por si fuera poco, posee mujeres bellas y siempre dispuestas a divertirse, a hacer fiesta y gozar del vigor de su naturaleza plena.

Lo lamentable es que en este territorio, la muerte es tam-

bién protagonista. Tanto como la cocaína, la drogadicción, la prostitución y las riquezas desmedidas de los narcotraficantes. Y con ellas la violencia que generan los pases de los fardos de droga, al chocar con la competencia de otros narcos. O con las fuerzas armadas o con la policía.

Y, como consecuencia de todo ello: la muerte de los tocachinos, quienes más prefieren una vida pacífica que depender de la droga y sus consecuencias de violencia.

Los tocachinos prefieren la cerveza y el uvachado, trabajar el campo, navegar el Wallaga, pasear en moto, hacer el amor, antes que andar matándose.

Ahora hablemos de los valores de este libro:

Desde «Maquinaria», el primer cuento del libro, hasta «Recreo Bar», las historias se sienten convincentes, gustan, atrapan, cautivan y son hasta amenas pese a retratar situaciones o circunstancias despiadadas, terribles.

El patrón Vam Piriús conversaba con la sonriente Nachita; se alejó de ella y se acercó al «cantorcito soplón», sin decir una sola palabra; extrajo de su cinto de cuero un filudo chuchillo de monte y de un solo tajo le cercenó la garganta.

Uno de los guardaespaldas se acercó al agonizante «cantorcito soplón», le abrió la boca con la mano izquierda, empujó la lengua hacia abajo y con la derecha se la sacó por la sangrante abertura de la garganta, quedando colgando afuera.

Nachita chillaba de terror.

(Del cuento: «Corbata michi»)

El castellano dialectal de Tocache, escenario de los cuentos, en boca de los personajes y de la voz que narra, conforma el gran soporte de los puntos de vista, diálogos, comentarios, reflexiones, dichos, giros idiomáticos, modismos, que se resumen en una idiosincrasia y un espíritu que aparecen y relumbran en cada línea y párrafo. Y logran de este modo, una tonalidad, una musicalidad, una magia y una poesía, que felizmen-

te, en suma llegan a cuajar en una originalidad excepcional:

La vio hundirse, como machacuy, bajo las aguas del Wallaga.

Venían de Sarita. Cruzaban el puente. Su pelo chobón y su shapra pacucha, el Francés. Su pelo pispacha y sus sandalias rojas, la tocachina.

Riendo dicen unos; en una discusión, dicen otros.

Lo cierto es que eran pareja, hacía poco, desde sólo dos meses atrás. Él, su sherete. Ella, su wambra.

(Del cuento: «Francés»)

Y es que, apoyándose en ese castellano dialectal, su vibración y su sonoridad musical, cada cuento salva lo perverso de aquellas historias de degollamiento, tortura o sangre, gracias a que de por medio aparece también, detrás de cada escena, muy marcado el tratamiento del humor, de uno o de otro modo.

No un humor cualquiera –se trata de un humor de todos los matices y colores: cruel, sugerido, negro, corrosivo, suspicaz–, de modo que cada cuento está escrito apoyándose en un tono coloquial, vivaz y alegre, sino festivo:

Por eso, cuando quiero soy hombre y cuando quiero soy mujer, pincho u ocote, tu dirás; pero, a mi hermana nadie la toca ni la jode.

Está llorando, los recuerdos la han marcado.

Le dicen Marianella y trabaja en el Reffuggios. Tiene los ojos grandes, casi redondos y los labios a lo Angelina Jolie.

Rezaré, dice. Se persigna. Se arrodilla y hace el amor.

Y con este tono personal o forma de estilo, muy marcado, cada tragedia narrada resulta una paradoja cruel, puesto que nos podría llevar a reír como a conmovér, a disfrutar como a reflexionar, a criticar como a protestar tanto como a llenarnos de pavor al visualizar parte de nuestra historia viva y actual.

Cada cuento de **Puka Yaku; río de sangre** resulta entonces una especie de radiografía dolida pero auténtica de una

porción de nuestra realidad nacional.

Y si hablamos de disfrute, como lectura, es porque los cuentos de **Puka Yaku. Río de sangre**, aparte de entretener, poseen otras virtudes: son también poéticos.

«En plena travesía, llueve. Llegando al puente de color naranja y cables acerados, sigue lloviendo. Bajo el bus, llueve».

«Será lluvia hembra», malévolamente comentan los pobladores, «jode todo el día y jode toda la noche, ñaño».

(Del cuento: «Definiciones»)

La prosa de los cuentos no es proliferante. Es **minimalista en dos sentidos**: por su **escritura** y por ser una **metáfora** que trasciende desde la aldea a toda una nación.

Su escritura es mesurada, medida, equilibrada. Nunca desborda en descripciones demás.

Como en sus versos, busca la precisión. Ni una palabra más ni una menos, para no descalabrar el ritmo, la gracia ni el tono musical. Ni un personaje más ni un personaje menos.

Y lo mismo en los diálogos. Éstos son en rigor, muy amenos, ajustados, cortos y precisos.

Casi un pentagrama musical para lograr una composición.

También sus personajes son los precisos. Se presentan los que se tienen que presentar. Fransiles no deja cabos sueltos, los personajes son los justos, las ideas, el ritmo, el tono poético y los diálogos también.

Como **metáfora minimalista**, Tocache, en esencia representa a esta nación, a este país. Y, finalmente, a esta América. Tocache, tierra invadida por narcos, senderistas, tupamaros, enfrentados a las fuerzas del orden legal, el ejército o la policía, representa la imagen de una violencia cada vez más creciente.

Y tiene como testigo activo, al río Wallaga:

Por las mañanas los cadáveres flotan sobre las aguas tranquilas del río Wallaga.

(Del cuento: «Morgue»)

El minimalismo, desde luego, como escritura o como metáfora, expresado con gran sentido del ritmo poético y sonoro, es uno de los mayores logros en los cuentos de **Puka Yaku. Río de sangre**.

«Corto y directo», como decía Hemingway en sus cuentos. Pero, lo musical y poético, como decía –salvando las distancias y a beneficio de Fransiles– Ángel Rama de la prosa de García Márquez en *Cien años de soledad* o la de Alejo Carpentier en *El reino de este mundo*, al llenar de gracia y elevar los méritos de este libro, también lo distancian del común de los cuentos que tratan la «guerra de la violencia armada».

El recurso de la *técnica de la in media res*, al iniciar más de un cuento (o por lo menos varios de ellos), es otro de los méritos a destacar en este libro. La *in media res* (que significa iniciar un cuento planteando un problema o una acción dramática, desde la primera línea) no es un recurso fácil, plasmar esta técnica requiere destreza, precisión y fineza de artista.

Fransiles Gallardo lo logra de una pincelada, aunque lo que exprese, escarapele, espeluzne:

Estiró los brazos en su intento por retenerla. Sólo un retazo de pañuelo de cuello, quedó entre sus dedos.

(Del cuento: «Francés»)

Podríamos señalar aún otros méritos más que realzan la belleza y originalidad de este libro. Entre ellos, causan cierta fascinación los nombres de algunos de los protagonistas, como: Sanguijuela, Perro Bravo, Karlinda, Raymundo Facundo El Cucaracho, San Fancito, Sussana La Leonella; o la descripción del escenario de estos cuentos: su flora y su fauna, a lo largo del río Wallaga, que dan una poderosa atmósfera de magia y extrañeza que favorecen el tono poético del libro. Y que, por cierto, fortalecen la curiosidad e interés por leer y releer cada cuento.

Puka Yaku. Río de sangre

Auguro que **Puka Yaku. Río de sangre**, del ingeniero y escritor Fransiles Gallardo, llegará a ser un libro que generará serios e importantes estudios en la literatura peruana. Y muy posibles traducciones.

Y no sería de extrañar que llegue a ser considerado, merecidamente, un clásico.

Cronwel Jara

Maquinaria

Ha terminado la jornada de trabajo y también toda la chamba relacionada con la demolición del viejo colegio 412 y la excavación para las zapatas, cimientos y vigas de cimentación del nuevo colegio en construcción.

En los próximos días llegará a Tocache un tráiler trayendo fierro de construcción y sobre él y de retorno, embarcaremos nuestro cargador frontal y la retroexcavadora que ya no utilizaremos.

Nuestra empresa los necesita en Lima para otros trabajos ya comprometidos.

Salgo de cenar de la pensión de doña Rosita en el jirón Progreso y llego hasta la esquina con Pedro Gómez.

Allí comienza mi duda existencial: Si doblo a la derecha iré al hotel, veré un poco de televisión y me dormiré; si sigo de frente, a media cuadra llegaré al Tequila y me tomaré una cerveza.

El calor es intenso y a pesar de haberme duchado, el viento aletargado, no permite refrescarse.

Me ubico en un pequeño ambiente como una maloca y pido una cerveza.

Sonriente, una mesera me atiende. Destapa una cusqueña. De otras mesas la llaman. Se va.

Me sirvo un vaso y cuando estoy bebiendo mi primer sorbo, un desconocido se acerca a mí.

—Buenas noches, ingeniero —me saluda sonriendo—; ¿me

permite acompañarlo? —me pregunta—. Dicen que no es bueno tomar solo, hace daño —remarca.

Lo miro entre la opacidad de la luz amarillenta del local y asiento con la cabeza.

—¿Me esperabas? ¿O es solo una falsa impresión mía? —le pregunto antes que se siente.

Llama a la mesera y pide dos cusqueñas heladas.

—Todos aquí en el pueblo sabemos, ingeniero —me dice sirviéndose un vaso de cerveza—, que usted cae por aquí y que éste es su lugar favorito —brindando conmigo.

—Vaya, vaya —le digo—, qué buen reglaje me has hecho, ni el servicio de inteligencia haría mejor su chamba que tú, papá.

—Pueblo chico, ingeniero —me contesta riendo—; aquí se sabe hasta lo que uno aspira y respira.

Conversamos. Me pregunta de la obra. Me cuenta que es de la zona. Que es negociante, pero que hubiese querido ser arquitecto. Que tiene un par de wambras y dos ñaños pequeños. Que no es ni tombo ni cachaco. Sólo comerciante, remarca.

—Y bueno —le digo—; ¿a qué se debe tu reglaje?

—Ingeniero, usted ha terminado sus trabajos de demolición y de excavación y está devolviendo su maquinaria a Lima —me explica de un solo tirón, como si lo hubiese aprendido de memoria—; necesito por una nohecita sus máquinas.

—¿Para que las quieres? —pregunto—. ¿Qué chamba tan urgente vas a hacer? —interrogo intrigado.

Del bolsillo posterior de su pantalón saca un sobre de manila y lo pone sobre la mesa.

—Son cinco lucas gringas acá y cinco más en Lima, ingeniero —me dice sin pestañear.

Lo miro sin entender bien o pretendo no darme por enterado.

—A ustedes no los controlan en ningún sitio, ni la tombería los jode por nada; ni en Tulumayo ni en la garita de Huánuco

ni en Corcona los revisan —tomándose otro vaso de cerveza—; por eso necesito sus fierros para enviar una merquita.

Lo miro y escudriño sus ojos. Me sostiene la mirada. Al vaso con cerveza, doy vueltas de vueltas, entre mis manos.

—Decídase, ingeniero —me repite—. Fácil y rentable. Buen negocio y sin arriesgarse mucho —concluye.

Saco cuentas. Hago números. Sumo, resto, multiplico y divido; saco la raíz cuadrada, aplico logaritmos y ecuaciones diferenciales: Son diez lucas gringas... al cambio...

Con ese billete pagaría las pensiones de las universidades Cayetano Heredia y de la Pontificia Universidad Católica de mis hijos y respiraría tranquilo un semestre, mínimo.

O serviría como inicial para la casita que mi primo Romualdo me quiere vender.

O compraría el Datsun rojo de cuatro puertas que mi cuñado Beto me quiere rematar.

O me iría a Cancún con mi mujer, a ese prometido y tantas veces postergado viaje de luna de miel.

El vaso sigue dando vueltas entre mis manos. El visitante entre la penumbra observa mis reacciones.

—Por la ambición —reflexiono—, por eso cae la gente; por ambición, por el dinero fácil —me digo—, luego terminas enmierdado hasta las orejas.

La mesera se acerca con dos cusqueñas más.

—Dime Randolpho, ¿crees que soy cojudo o tengo la cara de huevón? —lo encaro—. ¿Cómo mierda sé que lo que me estás proponiendo es una trampa para cagarme...? Y que esto es solo un pretexto para que la policía nos atrape, me haga mierda; y que tú hagas el gran pase de tu vida, con una merca grande.

Me mira sorprendido. Sospecho que no esperaba una reacción así.

—Le juro ingeniero que mi propuesta es legal —me contesta—. Claro que hay riesgos, los hay; todo en la vida tiene

riesgos, ¿o no?

—¡Ustedes no son legales ni con su vieja...! —contesto irónico.

Lo miro para ver su reacción. Lo mido. Nos medimos.

—Si de repente le pusieras un par de ceros más a tu propuesta, tal vez podríamos hablar —complemento arrastrando las palabras, para que me entienda.

De un solo trago, me tomo el vaso de cerveza.

—Randolfo, esta conversación nunca se dio y no nos conocemos —le digo parándome del asiento.

Muevo la silla y antes de retirarme, le afirmo:

—Como dice mi sobrino Vital en Cajacho: Pobre pero feliz, Randolpho.

Atravieso el grass del jardín. La mesera me mira sorprendida. Sobre la mesa quedan cuatro cervezas intactas.

Salgo del local, camino hacia la entrada del hotel. Siento que desde diferentes lugares, varios pares de ojos me observan.

Un friecillo inesperado, recorre mi espinazo.

Corbata michi

Le gustaba cantar. En el colegio 413 era Rafael: «Hoy para mí es un día especial/hoy saldré por la noche»; o Javier Solís: «Dos almas que en el mundo»; o Lucho Barrios: «Es mi niña bonita / con su carita de rosa...».

Era el niño de la voz de oro. El Zorzal de Wallaga.

Habiendo terminado la secundaria fue a probar suerte en orquestas de Tarapoto y Tingo María y, como la fortuna no lo acompañaba, se marchó a Lima.

Se presentó en el programa de Ferrando y no pasó nada, «un gallo a cualquiera le sale».

De retorno a Tocache, la inquietud lo llevó a formar su grupo musical: «Fortuna Banda show», y tocaba en una que otra fiesta de fin de semana, en alguna velada literario musical o en el cumpleaños de alguno de sus patas.

De esto se aprovechó el Capitán (a) Perro Bravo para proponerle ser miembro de inteligencia del glorioso Ejército del Perú, en su lucha contra el terrorismo y el narcotráfico en la región.

En ese mismo instante, los terrucos, cumpas y mafiosos, se enteraban que «el Cantorcito» se había convertido en soplón.

—La repre quiere datos, datazos les daremos —dijeron los narcos, terminando un ron Medellín.

Y le consintieron meter su nariz en la organización. Le permitían mirar lo que ellos querían que se conociera y se supiera.

—Este sábado a las ocho de la noche, se hará un pase bravazo entre los tíos colochos y el patrón Vam Pirius... dos toneladas de la firme —le dijeron.

Se armó el operativo con el capitán (a) Perro Bravo, a la cabeza. Treinta policías armados y entrenados, participarían en la incautación de este gran cargamento.

Un gran golpe al narcoterrorismo en el Wallaga.

—Nuestro ascenso depende de este datazo —comentaban eufóricos los militares.

A esa misma hora, una flota de lanchas con motores fuera de borda de alta velocidad, trasladaba a Tingo María un cargamento de droga cinco veces mayor.

Cuando el capitán (a) Perro Bravo llegó al lugar, donde supuestamente se haría el pase y se ejecutaría el exitoso operativo, solo encontraron una vieja camioneta con las llantas desinfladas y diez paquetitos de coca en la cabina.

Un letrado escrito con plumón rojo, decía: «para su consumo».

—¡A ese cantorcito huevón vamos a darle de su propia medicina...! —sentenció el Patrón Vam Pirius.

Se sabía que el «cantorcito soplón» babeaba de amores por la Nachita, la de los ojos claros que atendía en la Casa de Cambio de la calle principal; y el Patrón Vam Pirius, personalmente, le pidió que lo citara en la plaza de armas.

El cantorcito llegó feliz: «al fin se me hizo el milagro, gracias San Fancito», murmuraba de contento para sí.

Cuando se apareció por la esquina de Progreso, dos robustos guardaespaldas lo levantaron de los brazos y, en el aire, lo llevaron delante de su amada.

El patrón Vam Pirius conversaba con la sonriente Nachita; se alejó de ella y se acercó al «cantorcito soplón», sin decir una sola palabra extrajo de su cinto de cuero un filudo chuchillo de monte y de un solo tajo le cercenó la garganta.

Uno de los guardaespaldas se acercó al agonizante «cantorcito soplón», le abrió la boca con la mano izquierda, empujó la lengua hacia abajo y con la derecha se la sacó por la sangrante abertura de la garganta, quedando colgando afuera.

Nachita chillaba de terror.

El guardaespaldas se mira las manos ensangrentadas, las limpia sobre la camisa amarilla de flores verdes del «cantorcito soplón», da media vuelta y acelerando el paso, se marcha detrás de su jefe.

Trepan a la camioneta negra de lunas polarizadas, chirriando las llantas, tras una nube de polvareda se pierden por la bajada de la calle San Juan.

Lo dejaron amontonado sobre un banco de cemento de la plaza de armas.

A la mañana siguiente los gallinazos le picoteaban la lengua, los ojos; y, luego, lo demás.

Vergas

Y o no preparo esas porquerías...! —gritó indignado don Marcelino Ruedas, dueño de la cebichería La Causa Norteña—. ¡Este es un restaurante decente... qué se han creído ustedes! —limpiando con un trapo, las húmedas mesas de su apretado local.

Haciendo sonar sus botas militares, los cuatro colombianos, con los ojos inyectados en sangre, se retiraron con un paquete bajo el brazo.

—¡Te cagaste, paisa huevón...! —lo amenazaron.

Llevaban dos vergas, que esa mañana habían comprado en el camal del pueblo, para que don Marcelino les preparara un nutritivo caldo de penes de toro.

Don Marcelino Ruedas era natural de Puerto Pizarro, en la frontera con el Ecuador, y pescador de conchas negras.

Llegó a Paita para trabajar como pescador en altamar y cuando se terminó el contrato viajó a Chiclayo para bregar como peón en la represa de Olmos.

De allí resbaló hasta Tarapoto donde probó suerte como negociante de arroz.

—La plata está en Tocache —le dijeron, y se subió a un viejo camión que lo llevó hasta Juanjuí y de allí, dos días más en canoa, hasta Tocache.

Una mañana fue al mercado y vio una gran variedad de peces del Wallaga, como doncellas, paiches y fasacos.

Recordó a su Tumbes querido y preparó un cebichito de doncella, con yuca sancochada y plátano frito, que compartió con sus compañeros de hospedaje.

No quedó ni el juguito. Lo felicitaron y lo animaron a poner su cebichería.

Alquiló un local a media cuadra del jirón Chávez y se estrenó como cocinero de pescado y cebiches.

La vida le sonreía. Tenía su negocio propio. Estaba de sherete con una wambrilla de la zona.

La fortuna estaba de su lado hasta esa aciaga mañana cuando llegaron los narcos colochos con sus penes de toro, para que les prepare ese típico plato colombiano «levanta-muertos».

Haciendo rechinar las llantas de su camioneta y levantando polvareda del jirón Tocache, se aparecieron el Sanguijuela y dos de sus guardaespaldas armados con metralletas.

—¡Para qué mierda tienes restaurante, si no vas a atender a mi gente...! —vociferó a toda garganta.

Don Marcelino palideció. Los mozos temblaron. Los comensales se refugiaron bajo las mesas. Sabían que aunque con ellos no era el problema, «una bala perdida a propósito y no vivirían para contarla».

Eran las once y media de una sofocante mañana de mil novecientos ochentaitantos.

—¡Amárrenlo...! —vociferó desde su corte de pelo tipo militar—. ¡Voy a enseñarle a este mal parido, que con mi gente no se juega!

Con una soga de nylon lo amarraron de las muñecas.

—¡Del parachoques, mierda! —gritó.

Cathyta Sequeros, su joven wambrilla, se aferró al cuerpo de su marido. Un cachazo de metralleta la tiró al piso, dejándola inconsciente.

—¡Piedad, patrón Sanguijuela! —rogó don Marcelino—. ¡Tengo mujer, tengo un hijito que está por nacer!

No se conmovió.

Sanguijuela subió al volante y los guardaespaldas salta-

ron sobre la plataforma de la camioneta, disparando ráfagas al aire.

La moderna camioneta 4 x 4 arrancó.

El cuerpo de don Marcelino Ruedas cayó sobre el afirmado de la soleada calle.

Así como el gran Aquiles ató a su carreta y arrastró el cuerpo del príncipe guerrero Héctor desde el Palacio de Troya hasta su campamento en el mar.

Así como en el antiguo oeste americano el sheriff arrastraba atado a la montura de su caballo por las polvorientas calles de Texas, al wanted, muerto a tiros.

Así, el Sanguijuela arrastró cinco cuerdas el cuerpo de don Marcelino Ruedas, sin escuchar los gritos desesperados de su víctima ni hacer caso de las miradas misericordiosas de las mujeres que a esa hora se apuraban en llegar a casa para preparar el almuerzo de la familia.

Dobló por el jirón que sirve de ingreso al poblado, pasó frente al Colegio 412, siguió por la Sociedad Obrera y enrumbo al puente sobre el río Tocache.

Don Marcelino gritaba, imploraba, lloraba, pedía perdón y clemencia.

Jirones de su ropa y su piel quedaban adheridos sobre el cemento, las piedras y el polvo de esas calles soleadas.

La camioneta amarilla paró en el puente y el Sanguijuela bajó.

Sacó del cinto una Browning de 6 tiros y descargó la cacerina sobre el indefenso cuerpo sangrante y adolorido de don Marcelino Ruedas.

Con su reluciente bota de legítimo cuero de res, lo pateó y el cuerpo de don Marcelino Ruedas cayó dentro de las barroas aguas, formando círculos concéntricos, hasta llegar a la ribera.

El río Wallaga, lo devoró.

Los pocos tocachinos que a esa hora cruzaban el puente,
miraban y se persignaban

—Pobrecito, le cayó la noche —murmuraban.

Mariposillas

La noticia desató la ira del Murciélago. De cinco balazos habían matado a su hermano.

—¡Suban a la camioneta, carajo! —gritó fuera de sí y cinco de sus guardaespaldas, armados con fusiles AKM y pistolas de varios calibres, saltaron sobre la tolva de la camioneta del año, doble cabina y lunas polarizadas.

Doblaron por la Plaza de Armas, enrumbaron contra el tráfico por el costado del colegio 412, parándose a cuadra y media más allá.

Disparando en todas direcciones, ingresaron a PK2, la discoteca bar del momento, en donde las meseras hacían servicio de todo tipo.

El Tigrillo, hermano menor del Murciélago, había estado con su gente, tomando, bailando, coqueándose y teniendo sexo con las chicas de la disco, desde las ocho de la noche.

A las once llegó un grupo de colochos y trajo a su mesa a Sussy, «la mariposilla de la noche» más requerida del local.

Allí comenzó el lío y la lucha de poderes.

Tigrillo sacó su arma y disparó. Cinco balazos, acabaron con su vida.

Los parroquianos se tiraron al suelo y las meseras, entre gritos, se refugiaron en sus cuartos.

Pateando la puerta, Murciélago y su gente ingresó al local. Vio a los parroquianos tirados en el piso y gritó:

—¡Lárguense, perros de mierda!

Aterrorizados, nadie se movió.

—¡Son hombres o maricas, carajo! —volvió a gritar, con ira desatada en su voz—. ¡Apúrense que no tengo tiempo!

Sabían de todo lo que era capaz Murciélago.

—¡Corran por sus vidas, malparidos de mierda! ¡Uno... dos... tres! ¡Disparen...!

Ráfagas de metrallera, disparos de fusiles de largo alcance y de pistolas, llenaron de muerte a las veredas y calles colindantes.

Nadie sabe cuántos murieron esa noche, ni cuántos de puro milagro «y porque Dios es grande» se salvaron.

Reunió a las chicas, incluida a Karlynda, la mami del puti club y las hizo subir en dos combis, de vuelta a la ciudad.

—¡Será una fiesta inolvidable! —ordenó, sin esperar réplica alguna.

Contentas y entusiasmadas, «las chicas» se acomodaron como pudieron. No era la primera vez que asistían a las recordadas fiestas de don Murciélago.

Ya conocían cómo eran esas celebraciones, en especial cuando eran ocasiones importantes; y esta era una de ellas: mucha coca, mucho trago, muchos dólares por su poco tiempo y su menor esfuerzo.

Murciélago les tenía reservada otra fiesta.

Las llevó hasta el puente de Tocache y las formó en fila.

Con su mini uzi, una a una las asesinó disparándoles a la cabeza.

Chillaban, gritaban, querían correr, escapar; pero el terror las paralizaba.

Los guardaespaldas las arrojaban al río.

Eran siete indocumentadas, entre catorce y veintiún años.

Nadie reclamó sus jóvenes cuerpos, nadie protestó, nadie dijo nada.

De las barrosas aguas del Wallaga emergían sus jóvenes

anatomías, aguas abajo, flotando.

Lobos de río, pirañas y gallinazos, de a pocos, las iban devorando.

Filo Sofando

Si un día muero, trae mis cenizas y espárcelas en el río —dice como en susurros Fidedigno Aldana, sentado sobre la canoa, remando a dos manos.

—Ya vuelta Fide, ni hables eso, tú no vas a morirte pronto —contesta Cesáreo balanceándose sobre la canoa, lanzando su atarraya a las barrosas aguas del Wallaga.

Han madrugado. A las cinco de la mañana han abordado su canoa a remos y se han dirigido río arriba de Juanjuí hasta un recodo, donde el Wallaga forma una amplia ensenada.

Amanece. El sol pinta sus rayos sobre los altos árboles de las montañas colindantes.

—Escúchame, ñañito, si me muero, quiero que traigas mis cenizas y que las tires sobre el río.

Cesáreo ha lanzado como doce veces la atarraya al agua y no ha tenido suerte.

—Has venido a ayudarme a pescar o a hablar gafedades —le dice, mirándolo con cólera.

Equilibrándose sobre el borde de la canoa, lanza una vez más la atarraya.

—Cesa, yo no creo ni en los fantasmas ni en los aparecidos, y aquí hasta el tunche tiene ojos de vida. ¿Ves el cauce del Wallaga? ¿Qué pasaría si alguna vez se detiene? No va a suceder... Se haría una inmensa laguna; por eso corre incesante, igual que el viento y el tiempo, como nuestra alma.

Algo grande y pesado ha quedado atrapado entre las redes de la atarraya.

—¿Ves las plantas de las riberas? Parecen iguales, pero su reflejo sobre el agua cambia, porque su cauce siempre es diferente.

Hace el esfuerzo por jalarlo. A pesar de la corpulencia de sus quince años, el peso es demasiado, para él solo.

—¡Deja de hablar cojudeces y ven ayúdame, un paiche creo que hemos pescado!

Fidedigno se levanta y tomando el extremo sobrante de la red hace fuerza conjunta, para extraer del río lo atrapado.

—¡Uno... dos... tres...! —jalan con tanta fuerza que caen dentro de la balsa y la red encima de ellos.

Se levantan como pueden, se sacuden el agua de la cara, de los ojos, de la ropa.

El horror los paraliza.

Es una pareja. Un hombre y una mujer calatos, atados juntos de pies y manos, frente a frente.

Les han atravesado las espaldas, los vientres y los anos con afiladas varillas de mohena.

Espantados, han lanzado los cuerpos de nuevo al río. Se han quedado temblando, en silencio, abrazados.

El sonido de un motor acercándose, los alerta.

Los visitantes apagan el deslizador frente a ellos. Son cuatro hombres y una mujer armados con fusiles automáticos y dos fajas de balas cruzadas sobre el pecho.

Son los cumpas del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru.

—¿Qué carajo hacen tan temprano y en nuestras aguas? —pregunta quien parece ser el jefe, desde un sombrero de paja.

—Pescamos, jefe, pescamos para llevar de comer a nuestra familia, jefe —balbucea Cesáreo.

El sol ilumina las aguas del Wallaga y su reflejo hiere los ojos.

Puka Yaku. Río de sangre

—Ojalá y más rato no pesquen algunos difuntos, porque esos no se cocinan, ni se comen je, je, je.

Ríen a coro.

Encienden el motor de su deslizador y siguen su rumbo, Wallaga abajo.

Dan vuelta a su canoa y reman lo remado, de vuelta a la casa, en silencio, hasta que Fidedigno vuelve a la carga:

—Qué importa, Cesa. Esos muertitos volverán, en otra vida como hombres, como peces o como plantas...

Una sonora cachetada se escuchó sobre el rumor de la brisa y el vaivén de los árboles de las riberas del Wallaga.

Víspera de San Fan

Es veintitrés de junio, víspera de la fiesta a San Juan, patrono de los pueblos de la selva peruana.

En Tocache todo está preparado.

La Iglesia con «San Fancito», bien vestido, chuya chuya, adornado y arreglado.

La banda de músicos de Pataz, lista para soplar sus waynos y la de Tingo María para soplar cumbias y música de la selva.

Los fuegos artificiales en la plaza de armas, erectos y listos para deslumbrar.

Los ternos y zapatos nuevos para lucir. Minifaldas, trajes escotados y jeans y shorts levanta-pompis, para impresionar.

Una orquesta venida desde Lima, con motor propio incluido «por los apagones que pudieran ocurrir», hará bailar a los tocachinos toda la noche; «total, plata hay, lo que falta es tiempo para gastarla».

Rumas de cerveza para consumir.

Los juanes de gallina y su ingiri hierven en las casas de los feligreses; «hay que celebrar sanfancito, como se debe».

Cientos de devotos, visitantes y turistas invaden la ciudad.

Ocho guardias civiles, pips y republicanos vigilan la Garita de Control, ubicada a un costado del puente de Tocache: piden documentos a los pasajeros, licencias de conducir a los choferes y tarjetas de propiedad de los vehículos.

El padre español, Juan Manuel Camperas terminó la misa

de la víspera con el ya sabido: «podéis ir en paz», dando inicio a la jarana y al bullicio en la ciudad.

Cientos de bombardas, cohetes de golpe y de luces retumban e iluminan el azul cielo tocachino y las bandas de músicos revientan sus instrumentos, demostrando ser los mejores.

Un grupo de tocachinos vestidos de verde y amarillo pandillea alrededor de la plaza de armas.

—¡Se quema el castillo! ¡Se quema el castillo! —gritan alborozados los muchachos, arremolinándose alrededor del inmenso fuego artificial de ocho cuerpos.

Son las once de la noche y el bullicio de cohetes, bombardas y bandas de músicos, no permite escuchar absolutamente nada.

En ese momento los senderistas habían atacado desde el puente, la carretera y los costados, a la Garita de Control de Tocache.

Dinamitaron y destruyeron las paredes de madera y el techo de calamina. Unos dicen que fue con dinamita pura, otros con bazukas y armamento de largo alcance.

Lo cierto es que rociaron con gasolina lo que quedaba de la Garita de Control vehicular de Tocache y le prendieron fuego.

Ocho guardias civiles, pips y republicanos murieron carbonizados esa noche. Nadie quiere pronunciar sus nombres; «quién sabe señor», murmuran a pesar del tiempo.

Sus cadáveres estuvieron expuestos tres días, hasta que vino en avioneta un destacamento policial de Tingo María y los rescató.

Los senderistas y narcotraficantes entraron triunfantes al pueblo, dando arengas, pintando puertas y paredes con sus lemas, disparando a todo lo que se movía.

La gente creía que eran comparsas de visitantes con nuevas alegorías, como devotos por las fiestas de San Juan.

Bailaron, cantaron, se coquearon y se emborracharon hasta que el astro rey inundó con su luz y su calor las pedregosas

calles de la población.

Otro grupo de senderistas se dirigió a la Comisaría de Tocache disparando a discreción.

No encontraron resistencia.

Dicen que alertados del ataque a la Garita de Control, varios guardias, por precaución o por miedo, «es mejor cobarde vivo que valiente muerto», se zambulleron al pozo de agua subterránea de la Comisaría. Y, de cuando en cuando, sacaban la cabeza para respirar y no ahogarse.

Los senderistas no los encontraron.

Otros, más precavidos, se subieron hasta el tanque elevado y se metieron en él. Los demás corrieron y se refugiaron en la habitación privada del párroco de la Iglesia.

La fiesta continuó hasta el amanecer, como si nada hubiera sucedido, «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», había dicho el curita en la misa.

En la procesión al Patrón «San Fan», los terros senderistas fusil al hombro, cargaban el anda, se golpeaban el pecho, rezaban.

Los narcos se emborrachaban en los bares de la plaza de armas, disparando a las palmeras.

En la tarde, la población entera irá al río Tocache a bañarse y bendecirse, comer juanes, tomar cerveza helada y bailar hasta el anochecer con los grupos tropicales y sus sensuales bailarinas, llegadas desde Lima.

No ha pasado nada. Es la fiesta de San Fan

Cucaracho

Carlos Yony Huasichaca pasea con su prometida Kathy Laura, en su Toyota rojo, por la polvorienta calle Progreso, de la plaza de armas.

Va a un almuerzo, que por su llegada, sus tíos paternos le han preparado en una finca cercana al río Wallaga.

—Comeremos una sopita de inchicapi, unas cecinas con su tacacho y unos juanes con su agüita de cocona, que te va a encantar —le comenta emocionado.

Están contentos. Él regresa a su pueblo después de diez años. Se fue a Lima tan pronto terminó la secundaria en la 412 y vuelve «a la patria chica» hecho un contador público colegiado.

Acaban de contratarlo en una empresa de vidrios. Su futuro se presenta prometedor.

Ella, ilusionada, viene por primera vez a conocer el pueblo de su prometido; le ha contado tantas cosas del río, la jungla y el calor charapa, y de paso, orgulloso, la presentará a la familia.

Llegaron ayer con una ligera lluvia, cuando el crepúsculo y las sombras de la noche bajaban desde los montes alejados.

Una camioneta negra del año, sin placas, lunas polarizadas, con música a todo volumen suena una salsa de Héctor Lavoe: «... La calle es una selva de cemento...», estaciona en

sentido contrario. Frente a otra camioneta, doble cabina de color blanco, «...con fieras ocultas ... yo lo sé...», obstaculiza el tránsito de otros vehículos que pretenden avanzar, bajo el sofocante calor tocachino de la una de la tarde.

—Se creen dueños de la calle —murmura Carlos Yony y presiona el claxon que está sobre el timón.

La música que sale del claxon suena: «La cucaracha... la cucaracha».

—Parece que lo llaman, paisita —dice burlescamente desde la otra camioneta, un flaco, alto, de pelo ensortijado y lentes de sol sobre la cabeza.

De la camioneta negra baja un sujeto bajo, grueso, con rasgos cetrinos, indígenas y lentes oscuros, de cuyo cuello pende una gruesa cadena de oro, entre la camisa semiabierta.

—¿Puedes repetir tu musiquita? —le dice con la mirada torva y afiebrada.

Carlos Yony ni lo mira ni le hace caso. No tiene objeto discutir en ese momento con un desconocido. No quiere problemas: Va a festejar su retorno, «diez años de ausencia, no es poco tiempo».

Al ver la indiferencia de Carlos Yony, el sujeto bajo, grueso, con rasgos cetrinos, indígenas, da un manotazo sobre el capot del Toyota rojo.

—¡Qué te pasa, huevón! —grita Carlos Yony reaccionando a la provocación—. ¿Estás borracho o estás fumao? ¿O qué!

—¡Te dije que volvieras a repetir tu musiquita! ¿O eres sordo? —repite el desconocido, mirándolo con rabia.

Carlos Yony quiere explicarle que no desea problemas y que sólo quiere avanzar por la calle, porque lo espera su familia para un almuerzo de reencuentro.

En su intranquilidad y nerviosismo oprime el inofensivo claxon de su automóvil; vuelve a sonar la célebre tonadita «La cucaracha... la cucaracha...».

De la otra camioneta se escucha una risotada estridente, burlona y cachacienta que sobresalta al indígena visceral.

—¡Yo no soy la Cucaracha, hijo de puta! —grita con los ojos inyectados en sangre, que atemoriza a Carlos Yony—. ¡Yo soy el cabrón hijo de puta del Cucaracho!... ¿Me oíste?...¡Cu ca ra cho!

Sin decir más, de la parte posterior del pantalón saca una pistola y sin prisa, dispara dos balazos sobre Carlos Yony, uno de los cuales le destroza la cara.

—¡Yo soy Raymundo Facundo, el Cucaracho! —vocifera iracundo—. ¡Dueño de medio pueblo y sus cocales!

Sin mirar a nadie, sube a la camioneta negra y arranca como si hiciera piques.

Se aleja dejando una estela de polvo sobre las soleadas calles.

La radio de su camioneta suena a todo volumen «Juanito Alimaña, con toda maña, llega al mostrador, saca su cuchillo, muestra un pistolón...».

En el pequeño Toyota rojo ha quedado Kathy Laura, aterrorizada, gritando desesperadamente, abrazada al cuerpo de su prometido.

Tiene un embarazo de cinco meses: un hijo huérfano que nacerá sin padre, que no lo conocerá.

Vendedor de polos

Se alojó en el cuarto doce del segundo piso del hospedaje Sucre, a media cuadra de la plaza de armas.

Se bañó en una ducha del baño común, se cepilló los dientes, afeitó sus barbas ralas de tres días y cambiándose de ropa, bajó las escaleras hacia la calle.

El brillo del sol lo deslumbró. Los rayos creaban un vaho de humedad sobre los charcos de agua de lluvia, de la noche anterior.

Viró a la izquierda en busca de un restaurante para almorzar.

El calor era insoportable y rápidamente su polo se empapó con su sudor.

—Calor de mierda —murmuró.

Su metro ochenta y su flacura no pasaron inadvertidos. Desde que bajó de la station wagon que venía de Tingo María, varios ojos lo observaban.

Al caer la tarde y cargando su voluminoso maletín, se instaló en la esquina opuesta a la alcaldía, ofreciendo en venta sus polos de algodón a los transeúntes.

—Polos, polos, baratitos, caserita, polos, polos, directos de Lima, polos, polos —diligente los mostraba.

Le habían dicho que en Tocache la cosa era simple, sencilla y fácil; nomás se hacía de un buen billete como pasero llevándose unos buenos kilitos de coca a la capital.

Había llegado de Lima y qué mejor pretexto «para contactar con la gentita» que vender polos, hacer negocio y regresar.

—Así de fácil y práctico —pensó.

Fue a Gamarra, compró doscientos de polos y, en el terminal de Yerbateros, se embarcó en el primer ómnibus que salía con destino a Tingo María; y, de allí, en una camioneta hasta la tierra prometida.

Vendió unos cuantos polos.

—Por lo menos salió para pagar el combo y el telo —murmuró contento.

A las nueve de la noche, cuando los tocachinos invadían la plaza, cuatro desconocidos se le acercaron.

—Te compramos todos tus polos, paisita —le dijeron.

—Se los remato, baratito nomás, son de buena calidad —se los ofreció sonriendo.

—Nosotros te vamos a rematar a ti, paisita, y baratito nomás —le dijo una voz desde una cabeza cubierta con un gorrito.

—Y con unas balas averiguaremos si eres de buena calidad —dijo otra voz, mostrándole un revólver atado a la correa de su cintura.

Una descarga eléctrica le recorrió el espinazo y un sudor frío bajó por su frente.

—Deja tus polos donde están, que nadie los va a tocar —dijo una tercera voz—; aunque no lo creas, los tocachinos somos honrados.

—¡Acompáñanos! —ordenó la primera voz.

Quiso gritar y pedir auxilio, pero el cañón de un revólver en su espalda le quitó todas las buenas intenciones.

Caminaron dos cuadras, doblaron una más e ingresaron a una casa con puertas de fierro.

—Siéntate y cuéntanos, paisita —amenazó una filosa voz a su espalda—. ¿Quién carajo eres? ¿Y qué mierda has venido

a hacer aquí?

Tragó saliva. Miró en redondo. Pintas senderistas a la lucha armada le recordaron dónde estaba y con quiénes se encontraba.

—Ya perdí —musitó resignado.

Sobre la mesa, un paquete de pasta básica era consumido por un grupo armado que caminaba como sombra, sin hacer bulla ni murmurar nada.

—¿Hablabas? —preguntó otra voz—. No escucho.

Tenía veintidós años. Había emigrado de Cajamarca a Lima y estudiaba Economía en la Decana de América.

Para solventarse los estudios y su estadía en la capital, vendía polos en Gamarra y en el jirón de La Unión.

—Voy a probar suerte —dijo.

Ahora estaba allí, amarrado a una silla, y los paisas manipulaban sus armas sobre su cabeza.

—Una ruletita rusa no estaría mal —comentó otra voz muy cerca a sus oídos.

Revisaron sus documentos, rebuscaron en su billetera, vaciaron sus bolsillos y le registraron hasta las medias.

—Está limpio, jefe —dijo uno de ellos.

—Y está pitito su ocote, patrón, usted dirá —dijo otra voz, estallando en una carcajada—, usted sabe que culitos así no se encuentran todos los días, patrón.

Su cuarto de alojamiento había sido revisado ni bien lo abandonó para almorzar.

—Así que sólo eres un pobrecito vendedor de polos, ¿no, paisita? —comentó socarronamente el que parecía ser el jefe, jugando con el tambor de su revólver.

La amarillenta luz de una bombilla de veinticinco voltios, apenas alumbraba la habitación.

—¿A quién has venido a echar, soplón de mierda? —tronó una voz a su espalda.

—Sólo soy un vendedor ambulante que me gano la vida así y voy de pueblo en pueblo vendiendo mis polos —murmuró.

Se hizo un gran silencio. Las sombras a su alrededor intercambiaron miradas.

—No te creo ¡ni mierda! —dijo el que parecía ser el jefe—. ¡Denle su escarmiento! —ordenó.

Lo rodearon y rastrillaron sus armas.

—¡Abre la boca, pendejísimo, y te quitaremos todo lo soplón que eres! —lo cogieron varias manos de la cabeza, el cuello y los hombros.

A la fuerza le pusieron dos cañones de pistola dentro la boca.

Dispararon.

Cerró los ojos por el deslumbramiento y no supo más. Un manto de oscuridad envolvió su cerebro.

Se le había aflojado la vejiga y el esfínter. Empezó a oler a excremento.

—¡Putá que este cabrón no era tan macho como parecía! —dijo riendo una voz.

—Limeñito marica tenía que ser —se burló otra voz.

Se había desmayado.

—Boten esa cagada, que me está malogrando mi comida —dijo quien parecía ser el jefe, aspirando un poco de polvo blanco, masticando un pedazo de cecina de cerdo.

Despertó tirado en media vereda.

En el primer carro que salía de Tocache, regresó a Lima, prometiendo y jurando no retornar más.

Indemnización

Tenía los ojos profundos y la mirada triste.

Cubría su cabeza con un negro velo que la protegía de los rayos del sol en este infierno de calor de las dos de tarde tocachina.

—Es por mi marido y mis hijos —dice a manera de explicación.

Estamos en la cola de Banco de la Nación.

Los rayos del astro rey recalientan el asfalto, formando un vaho de humedad en las aguas retenidas.

Ha llovido intensamente toda la noche y en las calles cubiertas con tierra afirmada se forman charcos que los mototaxistas tratan de evadir.

Desde su rostro prieto, surcado por arrugas como cuadrículas, sigue en su monólogo tratando de hacerme la conversación.

—Dicen que el gobierno está dando platita por nuestros muertitos. Los que mataron los cumpas y los terrucos y los que mataron los militares, también —nos ilustra.

En su frente curtida por el sol, se escurren hilillos de sudor.

—¿Qué pues te pasó a vos, mamita? —le pregunto intrigado.

Me mira sorprendida y sus ojos traslucen una tristeza antigua.

—Mataron a mi marido y a mis dos ñañitos, señor —una lágrima resbala por su mejilla y la seca con la manga de su blusa colorada.

La miro extrañado. No siempre se escuchan noticias como esta.

—Nosotros somos del campo, señor; de aquí nomás de Shuntec, a su ladito —nos indica extendiendo su brazo, señalando una dirección que desconocemos.

—Estábamos durmiendo en nuestra chocita, señor, y a medianoche llegaron esos malditos a nuestra comunidad; mi perro ladraba, corría y ladraba. Y me desperté. Y le digo a mi marido: oye, Charles, así se llamaba mi marido, ya vuelta que estará pasando, robar nuestras gallinas seguro quieren.

Me mira con sus ojos húmedos para cerciorarse que la estoy escuchando.

—De un rato, ya vuelta, silencio se ha quedado mi perro. Lo han matado; después pasos hemos escuchado y de una patada rompieron mi puertita, gritando:

—¡Levántese, carajo, soplones de mierda!

En bolsitas de plástico un vendedor de aguajina, pasa ofreciendo su refresco. Pido una y se la entrego a quien desahoga su tristeza.

—Yo agarré a mi ñaño de dos añitos y rodando llegué a la cocina. Ayayay, señor, mejor a mí también me hubiesen matado, señor, ayayay.

Su llanto estremecido desgarró mi alma.

—En la oscuridad han disparado al bulto y a mi marido lo mataron de hartos balazos, cuando a mi ñañito de diez él había querido defender. De varios balazos, también lo han matado, señor. Pobrecito, mi ñañito, señor. Qué culpa tenía mi criaturita.

Lentamente avanza la cola para el banco y nosotros también.

—A mí me han rebuscado y tirando bala han entrado a mi cocina.

Se le quiebra la voz. Ya no llora, sólo gime.

—La bala maldiciada le ha caído a mi ñañito y en mis brazos, señor, se ha desangrado y se ha muerto. Y yo sin poder hacer nada, señor.

Se limpia los ojos con el reverso de sus manos.

—Qué culpa tenía mi pobre criatura, señor... todas las noches lo sueño y me dice que no se quiere morir y le veo su cabezita llena de huecos, de sangre y de gusanos y me despierto gritando.

Nuestra cola se va acercando a la puerta del Banco.

—Mejor me hubiesen matado a mí, señor; el recuerdo de mi ñañito me está volviendo loca, señor.

Pregunto, solo por preguntar:

—¿Sabes quiénes fueron?

—No señor, nunca me han dicho, por más que indagué por todo sitio. Unos me decían: los senderos han sido; otros, que los tupas han de haber sido; y otros, los cachacos segurito han sido. Solo me recuerdo que entre la claridad de las balas, uniformes veía, señor.

Madelayne Sánchiz, la guapa administradora del banco, con sus ojos claros y su sonrisa de niña buena, la invita a pasar a su oficina, para explicarle cómo y cuánto es la indemnización por los muertos de la violencia armada.

El gobierno ha dispuesto, para todos los casos, la indemnización de los maridos; por sus hijos, no.

Acaso las muertes no son las mismas.

Carrito militar

Desde el desvío a Uchiza, los venían siguiendo. Era un vehículo extraño para la zona y sus ocupantes también.

Ingresaron a Tocache y como no habían desayunado, se estacionaron frente a un restaurante del jirón Chávez.

Se bajaron, estiraron las piernas y se sentaron alrededor de una mesa, pidiendo la carta para desayunar.

—Un inchicapi de gallina de monte con su inguiri machucado, no estaría mal —dijo uno.

—Un café pasado con su cecina y su tacacho —pidió otro.

Eran cuatro. Se estaban acomodando alrededor de la mesa.

En ese momento ingresaron los senderistas que los seguían desde hacía dos horas atrás.

—¡No se muevan o los quemamos! —dijo una voz áspera, mientras los otros diez los rodeaban.

—Sus armas al suelo, ¡ahora! —gritó, apuntando a la cabeza del mayor de ellos.

Sudaron frío. Solo atinaron a sacar las armas de su cintura y tirarlas al piso.

La carta del menú resbaló, hasta el tablero de la mesa.

—Las llaves de la camioneta y sin huevadas —amenazó la misma voz.

Quien venía conduciendo buscó entre sus bolsillos y arrojó un manojo de llaves sobre las tablas de la mesa.

—Vamos a ver el regalito que nos han traído estos ñañitos —dijo irónico quien parecía que comandaba el grupo, dirigiéndose a la puerta de la calle, acompañado de dos senderistas más.

Era una camioneta blanca blindada. Abrieron la maletera y ¡oh!, sorpresa.

En su interior encontraron fusiles de largo alcance FAL y AKM, granadas de guerra, revólveres, pistolas, balas y municiones de todos los calibres, chalecos antibalas y botas que sólo la fuerza armada, utiliza.

—¡Todo un arsenal, compañeros! —comentó en alta voz, uno de los senderistas.

En la mesa los frustrados comensales sudaban.

—¿Para qué traían estos juguetitos, ñañitos? —preguntó el cabeza de grupo, rastrillando su mini uzi y colocando el cañón en la oreja izquierda de quien parecía ser el mayor de edad.

—Bisnes... solo bisnes, queríamos hacer negocio —contestó una voz desde una silla.

—Así que son negociantes de armas. ¡Qué bien! —respondió esa voz desde unos lentes oscuros, moviendo su cabeza.

Buscaron entre sus pertenencias y encontraron unos carnets. Eran militares del glorioso ejército peruano: Un capitán, dos tenientes y un alférez de la naval.

—Deberíamos ejecutarlos públicamente y colgarlos de las palmeras de la plaza de armas, por maricones y traidores a la patria —gritó el de la voz cantante—; lástima nomás que lo de Paquisha ya pasó y no estamos en guerra —disparando al aire.

Desde diferentes ángulos del restaurant, diversas armas de disímiles calibres y rastrilladas, esperaban una orden.

—Que conste que somos gente de paz —continuó.

Los militares empaparon de sudor sus polos. Por más entrenamiento de supervivencia que hayan tenido o sobrevivido en situaciones extremas, un dedo inquieto y nervioso podría

ocasionar su propia tragedia.

—Haremos un canje —dijo conciliador el senderista de la voz cantante—. Los regalitos, por ustedes.

Los militares suspiraron aliviados.

—Ustedes ya verán qué cuentas dan en su comando —sentenció—. Por si acaso, nosotros no hemos sido.

En fila y con las manos detrás de la cabeza, los subieron a una camioneta hasta el aeropuerto del poblado y los embarcaron en una avioneta que transportaba dos toneladas de pastas básica.

—Para que resguarden el cargamento —sonreían los colochos—. Y no se pierda en el camino.

Los senderistas y emerretistas se armaron. Sin sudarla y sin mucho esfuerzo, sin asaltar un cuartel militar ni una comisaría.

De los militares no se supo más. Dicen que nunca regresaron al cuartel de Madre Mía ni a ningún otro.

Están no habidos.

La camioneta por muchos años hizo de vehículo oficial de los terroristas. Fue vendida como chatarra y por kilos a los cachineros.

Morgue

Por las mañanas los cadáveres flotan sobre las aguas tranquilas del río Wallaga.

En las noches no se sabe. Sí se sabe. Nadie mira.

Comentan que muchos cuerpos son amarrados a troncos de setico y hundidos bajo el agua para que nadie los vea ni sepa de ellos. O les cortan el vientre, les sacan los mondongos y los tiran al río. No flotarán.

Son los submarinos.

Son aquellos que no saldaron cuentas pendientes por bacanes, «chocaste con la ñañita de un fuerte»; venganza, «shapra, huevón, cómo te tiraste la merca del grande». O soplón, «es un tombo caleta, compañero, se lo juro». O infiel, «así que afanado a mi wambrilla, ¿no, pendejito?».

Alertada la Guardia Civil, llaman al Fiscal de Turno y se organiza el rescate.

Sobre canoas de los vecinos o las lanchas a vapor incautadas; con redes, arpones y sogas, se rescata al infortunado cuerpo; hinchado, morado, maloliente, con visibles huellas de disparos de bala y cortes en el cuerpo.

Algunos cadáveres están mordisqueados por las fieras y los fasacos; o sin lengua, picoteados por los gallinazos.

—Sin su ojito está el muertito, Dios Bendito —se persigna la gente.

Comienza la mañana y el calor arrecia. Será un caluroso

día con un sol sancochador.

—¡A la morgue, rápido! —ordena el sargento Bernardino «Papi» Sánchez desde su metro ochentaicinco a sus subordinados—. Se nos escapa uno y vienen más —haciendo visera con su mano derecha, atisbando al Wallaga, cuyas aguas y lodos vienen desde las alturas Tingo María.

A pesar de los ríos de dólares que circula por la población, Tocache es un pueblo que sobrevive en deprimentes condiciones para una existencia digna.

—¿Para qué quieren pistas? —alegan los senderistas en las asambleas populares, protegidos por los narcos—. ¿Para que lleguen más rápido los malditos cachacos, a reprimir a los verdaderos hijos del pueblo?

Y cavaban zanjas para que sirvan como rompe muelles a lo largo de la carretera de Aucayacu a Tocache.

Los asambleístas están mudos, ni un murmullo, todos están callados. Encapuchados vigilan cualquier inusual movimiento, cómplice y extraño.

—¿Para qué quieren luz eléctrica? —argumenta el encapuchado que dirige la asamblea—. ¿Acaso no les basta con tener luz hasta las diez de la noche y de allí la luz de la luna y los mecheros con que se alumbran?

Y los apagones son cosa de todos las noches. De vez en cuando requisan los cilindros de gasolina para que el generador de energía eléctrica no funcione y el poblado esté en oscuras y sin luz.

Temerosos, los asambleístas afirman con un movimiento de cabeza.

—¿Para qué quieren teléfono? —cuestiona quien dirige la democrática reunión—. ¡Seguro para que avisen a los represores del movimiento popular y vengan a matarnos! ¡A nosotros que somos los que luchamos contra el imperialismo y queremos una república socialista para el bienestar de to-

dos!

Por eso volaban los postes y torres de alta tensión y sometían a vigilancia a las radios locales y los periodistas de los noticieros.

Nadie en la asamblea popular se mueve. El miedo agarrota sus músculos. Todo puede suceder.

—¿Eso quieren? —pregunta gritando.

Un «no», afónico e inseguro, se oye entre la multitud.

—¡No los escucho, carajo! ¿O son mudos o quieren quedarse mudos? —grita una vez más el encapuchado.

—¡Noooo! —gritan los asambleístas.

—¡Eso es! ¡Todos de acuerdo, muy bien, y palmas compañeros!

Los narcos en las afueras sonríen. Protegen al local rastri-llando sus armas de largo alcance y disparando de rato en rato «para no perder la costumbre».

La asamblea culmina entre vivas a la revolución y muerte a la policía, a los soplones y a la DEA imperialista; más aplausos y más disparos.

Sobre improvisadas camillas hechas con palos de tornillo o de cualquier madera vieja, el infortunado cadáver es llevado en hombros, a lo largo de ocho cuadras que van desde el puerto hasta la morgue del Hospital de Salud, para su registro, probable identificación y otras actividades forenses.

El doctor Maximiliano Ortega, Director del Hospital, sólo mueve la calvicie de su cabeza.

Sabe que en la morgue no cabe un difunto más.

El pequeño ambiente ha sido construido para albergar sólo dos cadáveres refrigerados, y, en ese momento, alberga ya a más de quince.

Son los NN. Los no identificados, los sin un nombre que poner en una humilde cruz hecha de cualquier arbusto, los que nadie reclama, los que cayeron en desgracia y nadie quiere sa-

ber de ellos.

A los que les cayó la noche y la fatalidad los alcanzó.

Son los difuntos que nadie reclama «para una cristiana sepultura», pues, si lo hacen, un accidental balazo a propósito, unos sicarios en la puerta de sus casas o un tiro de desgraciada gracia, y pueden terminar cadáveres en cualquier esquina, a media calle o sobre las aguas del río Wallaga.

Sin autorización del Comité Popular no hay nada.

Aprovechando la falta de energía eléctrica y en la oscuridad de la noche, trabajadores del hospital y voluntarios a la fuerza, cargan en bolsas negras los cadáveres.

Los devuelven al Wallaga.

Pozo de los deseos

Cuida nuestros fierros que ya vuelta venimos a recogerlos! —gritaron unas sombras con voces desesperadas, a la carrera y amenazantes en la oscuridad de la calle Gómez.

El asombrado vigilante del colegio 412, aguzó la vista con incredulidad, tratando de reconocer algunos rostros conocidos y descifrar de dónde provenían esas voces extrañas, desesperadas e imperativas.

—¡Apaga tu foco o quieres que te rellenemos a tiros! —tronó una voz y don Tirso Pinchi, prestamente presionó el botón de su linterna a pilas, volviendo ya vuelta a la oscuridad absoluta.

Era luna nueva.

Apurando el paso y tropezando con unos pedazos de ladrillos antiguos, se refugió en las instalaciones del colegio, sin entender nada.

El sonido de disparos y ráfagas de metralleta en el perímetro del colegio, lo volvieron a su realidad.

—Ya vuelta matándose los colochos con los peruchos. ¿Cuándo carajo terminará esta mortandad? —persignándose, «en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, Dios bendito. Amén».

Era la guerra de las mafias de narcos por el control de la producción, almacenamiento y traslado de pasta básica de cocaína en Tocache, Uchiza y Campanilla.

Los carteles de la droga se mataban y mataban, no impor-

ta a quién, cuándo ni dónde. Defendemos nuestro territorio, se justificaban.

—No vaya a ser que me caiga una bala perdida, sin saber quién me ha desgraciado, ya vuelta —agazapándose en el pasadizo de uno de los pabellones de aulas.

Esa noche, como tantas noches y días, las mafias se trabaron a balazos por un cargamento de droga.

A pie y en camionetas se buscaban y en su desafortunada carrera por la vida, el grupo de los perseguidos ingresó por el portón sin puerta al colegio 412. Y, tanteando en la oscuridad, se dirigieron a donde sabían estaba el pozo de captación de agua subterránea.

Allí arrojaron sus FAL, AKM, pistolas, granadas, revólveres, metralletas y mini uzis, a sus diez metros de profundidad.

Dicen que también a algunos muertos.

Debían pasar inadvertidos, puesto que si sus perseguidores los encontraban armados, con toda seguridad terminarían acribillados en media calle. O flotando sobre las aguas del Wallaga.

Refieren los anónimos y creíbles cuenta-historias tocachinas que, cuando ingresó la policía y el ejército por aire y tierra, los pozos de agua de los vecindarios se convirtieron en cementerio de armamento y droga; además «de algunos no confesados que por no confesar» terminaron con sus existencias en el fondo de esas aguas.

Por eso, los malhablados dicen que los tocachinos son medio gafos y chunchos. «Será que tanto tiempo su agua de muerto han tomado».

—¡Agg! ¡Medio apesta esta agua, ya vuelta, no Jhonatan!

—Toma nomás, gafo, ¿no ves que agua limpia de su pozo es?

El de la 412, dicen que también.

Esos malhablados y lengua largas cuentan que pasados los malos tiempos del terror y el narcotráfico, la caseta de bom-

bas del viejo pozo de agua del colegio, se convirtió en el refugio predilecto de las adolescentes parejas, quienes con el pretexto de asistir y hacer barra a sus equipos favoritos en las jornadas deportivas nocturnas, terminaban practicando entre su lejanía y sus sombras, otros deportes más prácticos y placenteros.

Dicen que penan. Que en las noches se escuchan voces y gemidos de asmáticas, religiosas, matemáticas, y hasta de asesinas.

Estamos reconstruyendo el colegio 412. Y para mañana se ha programado la limpieza total y refacción del pozo de agua para su puesta en funcionamiento.

No sabemos qué encontraremos.

—Con toda seguridad, oro no encontrará ingeniero, o de repente —nos dice riendo desde sus lentes de carey, el maestro Leopoldo Waywayta, director del colegio.

Pelachas

Encontraron trescientos costales cosidos y numerados que pesaban alrededor de tres toneladas.

Diez viajes de camión sirvieron para retirar tremendo volumen, «ya vuelta más bulto que peso, ñañito», y arrojarlos a las aguas del Wallaga.

—Nuestro localcito como era grande, amplio y a dos cuerdas de la Plaza, los senderos lo usaban para hacer los juicios populares a los infieles, mozanderas, moshacos, sacavuelas, shallanderas y sheretes que no cumplían con el sagrado juramento de «prometo serte fiel hasta los últimos días de mi vida» —nos comenta con una sonrisa triste don Jorgesíño Alegres, presidente de la Sociedad Obrera de Tocache, el año mil novecientos ochentaitantos.

Llegaron los terroristas y le incautaron las llaves del local, las sillas y mesas, ollas y platos de la Sociedad. Y tuvo que donar un juego de mesas y sillas de su casa «para implementar el local de justicia popular, contra la infidelidad y las malas costumbres en Tocache».

Con paso calmo, su cara redonda, cetrina, y su gordura a cuestras, nos lleva caminando para conocer el local.

Cientos de autos y mototaxis circulan hoy, en doble sentido por la calle. Es el ingreso a la ciudad.

La pelacheada era el castigo previo a los culpables por una infidelidad juzgada y ejecutada por los senderistas, cuando alia-

dos con el narcotráfico, declararon zona liberada a Tocache.

La reiteración era la pena de muerte por degollamiento público. «Cuello», decían en la jerga regional.

El Tribunal Popular conformado por tres encapuchados, desde una mesa larga con tres sillas, preguntaban, evaluaban, sopesaban información, juzgaban y sentenciaban, sin más ni más, con pruebas o sin ellas. Bastaba una simple acusación y terminabas públicamente rapado el cabello.

—Esos senderos juzgadores, eran mozanderazos, moshacos y traicionerazos; tenían tres, cuatro y hasta cinco wambrillas como sus mujeres; pero a ellos nadie los juzgaba, después las llevaban al monte para adoctrinarlas como terrucas —afirma.

Con don Jorgesíño Alegres como guía, ingresamos al local secándonos el sudor de la frente, por este sofocante calor del mediodía.

—Ellos eran la justicia, ingeniero; decían que eran los representantes del partido y decidían como querían, como les daba la gana, con fusil en mano y revólver sobre la mesa —nos relata con la voz cansada.

A la pareja de acusados, amarrados o engrilletados, previamente se la golpeaba y paseaba por la calles de Tocache y, de ahí, la ubicaban a un costado de Tribunal.

Sillas y bancas llenaban la amplia sala donde antes los tocachinos sesionaban, bailaban y pandilleaban sin zozobra ni sobresaltos; ahora el local, a golpe de repique de campana y balazos, se llenaba obligatoriamente, «por mandato popular».

Si eran mozanderos primerizos, el castigo era pelachito «a coco», al estilo militar, para la wambra o su sherete.

Los invertidos y prostitutas desaparecieron de Tocache, o lo disimulaban muy bien.

El Hermano Toribio Cusimanta, pastor de la secta de los israelitas y acusado de mozandero, en su defensa decía:

—Lot en su huida y viendo cómo su mujer, por mirar atrás se convertía en estatua de sal, por desobedecer al Señor, en una cueva hizo el amor con sus dos hijas. Es palabra del Señor y está en la Biblia.

—Argumento no válido —dijeron los juzgadores e igual lo sentenciaron a pelacho.

Prefirió que le cortaran el cuello a que le cortaran su larga cabellera de más de doce años de cuidados.

La razón: «Cristo nuestro Salvador, no me permitirá ingresar a su reino, sin mi cabellera».

—Prefiero la muerte, Señor Jesús, mi Dios —dijo y lo degollaron delante de todos, sin más explicaciones.

Esa noche hubo otro juicio popular y se apareció una wambra de edad, junto a su sherete, un mozuelo algunos años menor.

El encapuchado Presidente del Tribunal de Justicia Popular del Partido Sendero Luminoso, se pone de pie y dice:

—Esta noche el partido dará un severo castigo, como ejemplo, a estos mozanderos y moshacos que desobedecen las disposiciones del partido, porque así castiga el partido a sus malos hijos.

La sala temerosa, agachada y en silencio absoluto, escucha.

—¡Su nombre! —grita el encapuchado del centro de la mesa.

—Reynaldo Pizango —con la voz apagada.

—¡Y usted, mozandera, su nombre! ¿No le da vergüenza? —pregunta el encapuchado.

—María Rosa Centeno, señor sendero —contesta temblando la voz.

—¡Hermanita! —grita quien preside el juicio popular.

—¡Se suspende la sesión, carajo! —vocifera enojado—. ¡Y que nadie diga nada porque lo mato! —disparando su metralleta sobre las cabezas y el techo del local.

Se saca la capucha y se abalanza sobre la mujer. Reynaldo se

adelanta unos pasos y varios disparos en el pecho lo tiran al piso.

—¡Maldito, desgraciado has matado a mi hombre! —grita desesperada—. ¡Es el padre de mis dos hijos!

Le arrebató la metralleta y descarga la cacerina sobre el hermano senderista.

Una lluvia de balas, desde distintas direcciones y calibres deja como un colador el cuerpo de María Rosa.

Los cientos de pasajeros y transeúntes que ahora, en este terminal terrestre compran sus pasajes y abordan a los autos rumbo a Tingo y Tarapoto, tal vez no sepan que, sobre ese pulido piso de cemento, se amontonaron cientos de cabelleras pelachadas de moshacos y mozanderas.

Hace mucho tiempo.

De haber estado en esa época, con toda seguridad, también estaría el suyo.

—Esas huellas en el techo, son las balas de esa y de muchas noches de juzgamiento popular —nos recuerda con nostalgia y tristeza, don Jorgiño Alegres.

Levanto la mirada y cuento las huellas. Son más de cien.

Ayahuasca

Me despierto sobresaltado, no solo por los truenos que remecan el hotel donde me hospedo. Son también los relámpagos y su resplandor que ingresan por la ventana, iluminando mi cama, con sus violentos resplandores.

La lluvia en torrentes rebota sobre los charcos y su sonido salta hasta mis oídos con una musicalidad extraña y friolenta, como si fuera a inundarse todo.

El insomnio tensa mis alterados nervios y cualquier ruido hace estallar mis sentidos y mi inconsciencia.

Es el recuerdo de un sueño no soñado, que se viene repitiendo.

Estoy atado flotando sobre las barrosas aguas del Wallaga, tratando de no ahogarme en su cauce.

Así atado, un gélido viento huracanado resbala entre las hojas del bosque y, como chillidos de monos enfebrecidos y graznidos de garzas, cuervos y gaviotas llega hasta mí, como lamentos y quejidos, que arrugan mi alma y me sobresaltan.

Una ráfaga de viento helado atraviesa las cortinas y ventanas de mi habitación de hotel, llegando hasta mis oídos como sonidos inconexos, pero audibles: «sal del pueblooo...», «abandónalo...». «¿A qué has venidooo?» «Nadie te quiereee...». «Vuelve por donde vinisteee...».

Floto, no siento mis manos ni mis pies. Transpiro a pesar de tener mi cuerpo gélido y vacío. Me arropo de pies a cabeza

para protegerme sin saber exactamente de qué.

Atardece y me levanto de la cama con la sensación de que mi recuerdo no es un sueño ni una pesadilla más. Aflora cuando al salir a la calle la lluvia cachetea mi demacrado rostro.

Desde la Caverna Bar, como un poseído observo cómo sobre el Wallaga un gallinazo de amplias alas planea rasante encima de un bulto extraño y oscuro.

Tiemblo, ¿será mi cuerpo?, pregunto y me pellizco.

Da un vuelo circular sobre sus aguas barrosas y levanta vuelo hasta posarse en la rama más alta de una palmera que se yergue solitaria, junto a las graderías de cemento, por las cuales se ascienden al poblado.

Es la pesadilla que golpea mi razón.

Giro mi banqueta y me quedo absorto mirando su calle desolada y me tomo un vaso de cerveza para aplacar mi ansiedad. El flaco tendero me mira con misericordia desde sus ojos negros.

Soy su consuetudinario cliente.

Anochece, y las luces negras devuelven mi extrañada mirada, con una variedad de tonos que me desespera.

Y entre esas sombras, estás tú.

Te acomodas en el sillón, corriéndolo un poco hacia atrás; cruzas tus largas piernas y la abertura en tu gran vestido negro se abre, dejando tus muslos a la vista, que se tornan excitantes sobre tus inmensos tacones.

Un río de nervios sacude mis pies y mi columna vertebral se estremece. Transpiro a pesar del helado viento que viene del río.

El humo de tu cigarro envuelve la semioscuridad del Tequila Disco, o es la Caverna Bar. ¿Cuál es...? No importa. Sólo sé que estás frente a mí, como una sombra, sin poder descifrar tu rostro.

Miro tus ojos enrojecidos, inyectados en sangre por el humo

Puka Yaku. Río de sangre

y las sombras, supongo; pero tu mirada centellea y me atraviesa como un láser.

Tus ojos son los de un gato en la oscuridad y me estremezco al mirarlos.

No pareces ser tú quien me ha invitado a tomar una copa y brindar por mi llegada a tu pueblo.

No sé si es miedo, cobardía o la ayahuasca que me has dado de beber, diciéndome que era Siete Raíces, pero huyo de allí, subiendo de tres en tres las gradas del hotel.

Sin encender la luz me tiendo sobre la destendida cama.

Desde tu última llamada telefónica no he sabido nada de ti, y pretendo no recordarte ni verte en mis sueños donde atado sobre las barrosas aguas del Wallaga flota un cuerpo. ¿El tuyo o el mío?

Hice todo lo posible para que te dieras cuenta de lo mucho que me estaba enamorando de ti y de nada valió.

Te fuiste ante la negativa mía de sellar nuestro amor cortándonos las venas. Aun en mi inconsciencia. ¡Para qué!

Y de nuevo aquí en este despertar. En este cuarto de hotel estoy, ante este remolino de ropa sucia, sudada, desordenada, atrapada, pidiendo a gritos ser lavada y arreglada.

Pero, fatalmente, una prenda olvidada, ¿adrede?, me recuerda a ti.

Es como si un foco para energía eléctrica se hubiese prendido dentro de mí, pero su resplandor es muy tenue e inseguro para estremecerme, una vez más.

Apenas una candelita, en medio de un oscuro rincón de un bar, donde no sé si de verdad te encontré.

Tronchos

Debería haber ido a matricularme en Secretariado Ejecutivo del Instituto Superior Tecnológico donde quiero estudiar, pero me fumé un tronchito de cocaína que me vendieron en el camino a Tocache y me quedé con un adormecimiento que se me quitaron las ganas de hacer cualquier otra cosa que no sea escuchar en mi cel, una y otra vez:

«Agüita de coco... Tengo sed ... ¿Qué estás hablando, cholo? ... Mide tu boca ... Tengo sed ... sed ... sed...».

Estoy sentada sobre la hamaca del fondo del Hotel Bolivariano, con un topcito que deja al descubierto de mi cuerpo su ombligo y a las justas tapa de mis senos sus pezones, y con un shorcito que deja al aire su media nalga.

Estoy como dormida. Es de un lunes su mediodía con este achicharrante calor, que ya vuelta estaría calata en mi cuarto.

Me hamaco, sueño, alucino, veo cosas, reales o inciertas, no sé.

Un señor canoso está en el balcón, con un polo blanco, bermudas, sandalias y sus piernas velludas.

¿Me habrá espiado? ¿Me habrá estado mirando de mi cuerpo su vientre y mis piernas que cuelgan de la hamaca?

Lo miro y tiene de la cerveza su lata en la mano. Sus manos son grandes, el pelo entrecano y bien peinado. Se da vuelta y me mira.

Me avergüenzo y me sonrojo.

Me tapo la panza con la toalla que tengo enrollada a mis

pies. Todo es tan rápido que no sé si alcanzó a verme, media calata como estoy.

Mira en redondo y creo que me saluda y entra a su habitación. Luego de escuchar que cierra su puerta, ingreso a la mía.

Enciendo la televisión, hago zapping y me aburren sus programas. Bajo el volumen y me siento sobre la cama intentando leer.

Deben ser como las tres de la tarde y siento que el cansancio adormece mi cerebro, quizá si me acuesto sobre la almohada me duerma rápido.

Enciendo un nuevo troncho de pbc y lo fumo lentamente. Me eleva, me coloca, me pone. Estoy muy sensible, perceptiva, de mis sentidos su alerta.

Hojeo una revista que alguien me regaló camino al hotel. Los libros de matemáticas serán cuando vaya al Instituto.

Hay una narración con letras grandes, la imagino, la veo.

Es la historia de un hombre canoso, viejo y solitario, apasionado con su soledad, que bebe cerveza en lata para matar sus angustias y espantar la orfandad de su corazón.

En las noches, antes de dormirse, tendido en su cama se acaricia, se frota, se recorre el cuerpo con las manos. Su contacto es con él mismo y lo disfruta.

Siento que goza en soledad y en solitario, entre suspiros, suspiros y suspiros.

Lo escucho. Ahora no son sólo suspiros, sino también jadeos. De verdad escucho jadeos. Alguien jadea del otro lado de la pared. Sospecho que es el viejo canoso. No, no puede ser, los jadeos aumentan, creo que estoy alucinando.

Vuelve la calma. Estoy sudada, excitada. Me tiro sobre la cama y me duermo.

Dormí mucho, demasiado, supongo. Me levanto y ya es de noche. Me baño y salgo a comer algo en una pollería cercana.

Bajo las escaleras y me encuentro con el viejo canoso, su-

biendo las gradas. No lo miro. No me mira.

De vuelta a mi habitación del hotel, armo otro troncho de coca y lo fumo. No sé qué me está pasando, pero estoy fumando mucho y si sigo así, no voy a estudiar ni nada y mis viejos en Pizana, de la mierda me van a sacar su gran puta.

Hace calor, me saco la ropa que me puse para salir a la calle. Me encanta andar calata por el cuarto. Solita y acompañada, también. Cuántas veces me paseo desnuda en mi casa, siempre que mis viejos no estén y los ñaños, tampoco.

Me miro en el espejo del hotel y me gusta mirarme; creo que soy bonita, doradita, wambrilla pielcita canela, me dicen. Tengo buen cuerpo, soy chata, pero bien proporcionada, tetas chicas pero paraditas, con trasero amplio, durito y bien arriba.

Qué lindo es caminar sin zapatos, el porcelanato del piso está helado y lo siento en la planta de los pies. El aire frío del ventilador recorre mi cuerpo, me enerva y me dan ganas de no sé qué.

Salgo al balcón interno del hotel y miro la noche, está tranquila. Miro del cielo su azul y afuera está tibio, pero corre una suave brisa por el jardín.

Mi vecino, el viejo canoso debe haber salido, porque en su habitación no hay ruido ni luz.

Al darme vuelta, lo veo. Está parado en el marco de la puerta de su habitación, silencioso, tomando una cerveza en lata.

Me mira fijamente con esos ojos oscuros que parecen meterse dentro de mí. Yo también lo miro. Sus ojos están clavados en los míos.

Estoy desnuda, solo con una toalla envolviendo de mi pecho hasta la mitad de mis muslos. De los nervios hasta casi se me cae. Que vergüenza, Dios.

Me mira a los ojos y su mirada quema.

Levanta su cerveza como saludándome, toma un sorbo,

Puka Yaku. Río de sangre

se da vuelta y se va.

Quedé embobada, absorta, cojuda, como si me hubiese hecho brujería. Ni siquiera me habló el viejo ese. Ni siquiera puedo decir si hubo deseo de algo conmigo al ojearme o que me penetró con la mirada.

Estoy tiritando a pesar del calor de la noche.

Me ha dado puzanga, seguro; pero cuándo, dónde. Me embrujó como la serpiente hechiza a los pájaros. Me dejó como quien toca una puerta, entrega un recado y se va sin decir nada. Viejo mañoso.

Mi pichito, arde.

¡Basta! No es más que un viejo hijo de puta, un mozandero degenerado que de seguro quiere jugar conmigo.

Lo voy a mandar al carajo, qué se ha creído, viejo de mierda.

Me pongo un polo y un shorcito, sin calzón dentro, dispuesta a encararlo, gritonearlo y putearlo.

Abro la puerta y me lo encuentro parado frente a mí. Quedo muda, tiesa, espantada.

Me mira, no sonrío, no dice nada y me empuja para adentro de mi habitación, cierra la puerta y apaga la luz.

No sé si es cierto lo que está pasando o los tronchos de pbc que me estoy fumando me están quemado el cerebro.

Marianella

Tiene los ojos grandes casi redondos y los labios a lo Angelina Jolie. La semioscuridad le da a su flacura mayor altitud.

—Yo tenía cinco años —narra con la mirada perdida y las uñas pintadas de azul eléctrico, a quien quiera escuchar— cuando los terrucos degollaron como sachavaca a mi papacito —su voz se quiebra y en sus negros ojos se presagian dos lagrimones.

—No mataron ni a mi mamacita Teodolinda ni a mi hermanita Rosalba, que sólo tenía tres añitos —relata, con un dejo charapa de tristeza en su voz.

Se sirve un vaso de cerveza y lo bebe a tragos cortitos, como si quisiera que su contenido no se acabara nunca.

—Yo me escondí entre las ollas y no me vieron, como era flaquito y larguito ya vuelta me confundieron con una rama de leña, seguro —dice.

La luz negra le da a sus ojos un brillo de neón.

—Desde allí, yo digo —argumenta convencida— que lo mejor era ser mujer, y aunque me borré casi todo lo de hombre, no soy mujer.

Mira en redondo como indagando, quién se ríe o quién murmura algo en contra.

—Si alguien me jode, se burla o se mete conmigo o con mi familia, me sale el hombre y le saco la misma mierda, ñañito —afirma con toda seguridad.

Avanza la noche y las mesas de hule rojo con rayas blan-

cas del local se van llenando de parroquianos. Se toman unas cervezas al borde de la carretera a Juanjuí, «en compañía de algunas chicas malas que hacen cosas buenas», como señala Williams Pérez, el capataz de la obra «Mejoramiento Integral del Servicio Educativo en la Institución Educativa de Tocache» que estamos construyendo.

—Hasta ahora me pregunto: ¿si los terrucos, hijos de puta, no mataron a mi mamá y a mi hermanita, será porque algo demás deben tener las mujeres? ¿O será que son superiores a los hombres y algo de especial, tendrán...? —se interroga.

Los dos parroquianos que lo acompañan en la mesa lo escuchan silenciosos, aguzando el oído sobre la estridente cumbia selvática, que sale de un parlante del fondo del local: «Olé mujer hilandera, olé, olé, olé...»

Se sirve otro vaso de cerveza.

—¿Y ya sabes qué es? —pregunta la voz del tercer acompañante de la mesa.

Entorna la mirada en la semipenumbra como si quisiera encontrar algo.

—Si quieres saber, pide tu cerveza y te lo digo, mozandero mentecato —contesta entornando los ojos y ensayando una sonrisa—. ¿No eres ni sapo ni periodista, no, ñañito? Aunque a ti, podría dártelo gratis, muñeco —responde sonriente—. Dime nomás, ocote o pincho es el menú, tú dirás, ñaño mamón.

Esa noche fue una noche de muertes horribles en los alrededores de Pizana.

—No me acuerdo bien —continúa con su relato la ronca voz desde la penumbra—, si fueron los terrucos o los narcos o los tupas, quienes entraron al pueblo y a punta de bala llamaron a una asamblea. Y, ya, juicio popular para ajusticiar «a los perros traidores de la revolución», «a los soplones y traidores» y «a los que se niegan a dar su contribución solidaria a la lucha

armada».

Su voz se quiebra y sorbe otro vaso de cerveza.

—Mi papacito, don Ananías Suichón, era evangélico practicante y estábamos sentados en la cocinita para cenar. Mi mamá, mi hermanita y yo, cogidos de la mano orábamos agradeciendo a Dios por los alimentos que íbamos a consumir, cuando una patada abrió la puerta de calamina y un pisotón de zapato militar destrozó la mesita de ramas amarradas. Hizo saltar los platos derramando sobre nuestras ropas, la sopita que mi mamita había preparado.

Todos gritamos, menos mi papacito Ananías. Él seguía orando.

—¡Son sordos o qué, carajo! —gritó una voz entre el tintineo de la luz de las ramas secas del fogón—. ¡A la asamblea, carajo! —grita, imitando la voz.

Asustados, nos paramos temblando, menos mi papacito don Ananías.

Estaba arrodillado, orando.

Uno de los terroristas que habían ingresado, le metió un patadón en las costillas. Nada.

Mi papacito don Ananías, seguía arrodillado, orando.

Lo zarandearon de la camisa, de la cabeza, de los pelos para que se levante, no pudieron.

Mi papacito don Ananías, estaba arrodillado, seguía orando.

El que parecía ser el jefe del comando, sacó de su cintura un largo cuchillo de monte y lo degolló.

Mi papacito, don Ananías, arrodillado se desangraba. Seguía orando con las manos en cruz.

Pateando los pedazos de puerta que estaban tirados en el suelo y maldiciéndonos a todos, se marcharon.

Mi papacito, don Ananías, de a poquitos se cayó al suelo, de costadito; agonizaba. De su garganta chorreó la sangre. Temblaba, se estiró como las gallinas cuando les cortan el pes-

Puka Yaku. Río de sangre

cuezo.

Salí de mi escondite, lo abracé, lo levanté como pude, me embarré con su sangre, lloré, le pedí que no se muriera, que no me dejara solito en este mundo; que no... que no.

Se murió. Cinco años después se falleció mi mamita de la purita pena, ñanito. Y tuve que hacerme cargo de mi hermanita, que estaba chiquita.

Por eso, cuando quiero soy hombre y cuando quiero soy mujer, pincho o ocote, tú dirás; pero, a mí nadie me caga la vida y a mi hermana nadie la toca ni la jode.

Está llorando, los recuerdos la han marcado.

Le dicen Marianella y trabaja en el Reffuggios. Tiene los ojos grandes, casi redondos y los labios a lo Angelina Jolie.

Rezaré, dice. Se persigna. Se arrodilla y hace el amor.

Mango alcahuete

Por más intentos que se hizo para preservar erecto al histórico árbol, no había forma.

Los ambientalistas tocachinos amenazaban con encadenarse al bendito mango si pretendíamos cortarlo. «Las plantas son el futuro del mundo», «No a la deforestación», se leía en los cartelones ubicados a la entrada del colegio 412. Pero si les decían que deberían ir a reforestar en algún depredado lugar de la región, contestaban que estaban muy ocupados y que ya tenían designado un comité para representarlos.

Los antiguos amantes que alguna vez transitaron bajo su sombra, pasaban por la vereda del frente con los rostros entristecidos y enrojecidos los ojos por la nostalgia.

Se propició una reunión de emergencia con los ingenieros responsables del proyecto para discutir el tema «El mango y su incidencia arquitectónica y estructural, en la 412, su permanencia y cómo mantenerlo erecto».

El proyecto no consideraba para nada a la planta de mango y al realizar el replanteo de construcción, se ubicaba en medio del pasadizo de la edificación de tres pisos.

—Si movemos la edificación hacia atrás —explicaba el ingeniero Cubas, consultor del proyecto—, la esquina de la edificación saldrá un metro y medio hacia la calle, atravesando el cerco perimétrico y saliendo fuera de la propiedad.

—Si rotamos al edificio —sustentaba el ingeniero Buena-

ventura Ramos, residente de obra, acomodándose los lentes metálicos—, se descuadra el perímetro interno del complejo educativo y comprometemos la zona de ingreso, las cunetas para aguas pluviales y el sistema de desagüe.

—Si le hacemos un espacio libre —explicaba el ingeniero Supervisor Marcelo Burga, rascándose la chivita que tenía como barba—, tendríamos que replantear el proyecto en su conjunto.

No se planteaba sustento técnico para mantener enhiesto al bendito mango.

O era la planta de mango o se replanteaba el proyecto en su conjunto. Y eso significaba ampliaciones de plazo, aprobaciones en instancias superiores, mayores metrados, mayor presupuesto y mayor tiempo de ejecución.

El doctor Leónidas Huata, con su nerviosa sonrisa, desde sus lentes negros de carey, dijo:

—Nos comprometemos yo y mi comunidad educativa a sembrar diez plantas de mango en donde nos indiquen.

—Aprobado —dijeron los presentes con una sonrisa de satisfacción, y brindaron con agua mineral en medio de ese calcinante calor de las once de la mañana, «con camu camu habría sido mejor».

Su permanencia era una cuestión de nostalgia y amor: «Es un mango con historia, sus hojas lo saben y las múltiples inscripciones en su corteza, también».

En las festivas noches deportivas los equipos de fútbol, vóley y básquet de la 412 se enfrascaban en sudorosos, calurosos y vibrantes encuentros con las 413, el Scorza, o con las selecciones de los colegios de Juanjuí, Tapapoto, Rioja, Moyobamba o aledaños.

En las noches de fiesta, celebrando cualquier festividad o actividad con orquestas y conjuntos venidos de Lima, Trujillo, Tarapoto, Tingo María o Yurimaguas, las parejas danzaban al son de cumbias, salsas o pandillas.

Aquí venía el detalle.

Varias parejas, a la sombra y complicidad del buen mango, se deslizaban por las oscuras gradas de las escaleras. Iban hasta el segundo tramo del primer piso, para sus pláticas cariñosas, besuquearse y jurarse amor eterno.

Los enamorados más osados e intrépidos, escalaban hasta el primer tramo del segundo piso, y más silenciosos y discretos se afanaban en la práctica de otros avances amorosos.

Pero las parejas con cierta experiencia en lides amorosas, subían las gradas de los dos pisos hasta el techo para algunas clases de astronomía y geodesia, como contar estrellas, contemplar la luna, arañar el cielo con cánticos de suspiros, jadeos, promesas, truenos, rayos, relámpagos y desmayos.

Dicen que también penaban y cuando el personal de servicio hacía limpieza de techos, encontraba zapatos, sostenes, formadores, calzones y tangas brasileñas de distintos colores y tamaños.

Los leñadores responsables de cortarlo comentaban que a cada hachazo que lo desgajaba, el erecto mango se quejaba y de su corteza, en lugar de savia, chorrillos de agua salada brotaban.

«Son lágrimas de amor», afirmaban las afortunadas parejas de su sombra, de sus primeros escauceos, sus fugitivos encuentros y de su primera maternidad.

Ese fin de semana cuando se lo derribó, las ramas, leños y pequeñas rajadas, desaparecieron.

Dicen que están en los altares de las casas de los fieles amantes, quienes se iniciaron en el arte del amor a la sombra de este histórico mango alcahuete.

Lluvias

En plena travesía, llueve. Llegando al puente de color naranja y cables acerados, sigue lloviendo. Bajo el bus, llueve.

En Tocache, llueve.

«Será lluvia hembra», malévolamente comentan los pobladores, «jode y jode todo el día y jode y jode toda la noche, ñañito».

«Ya vuelta, lluvia macho será», contradicen otros: «moja rapidito y luego, luego, se va».

Francés

Estiró los brazos en su intento por retenerla. Sólo un re-tazo de un pañuelo de cuello quedó entre sus dedos.

La vio hundirse, como machacuy, bajo las aguas del Wallaga.

Venían de Sarita. Cruzaban el puente. Su pelo chobón y su shapra pacucha, el Francés. Su pelo pispacha y sus sandalias rojas, la tocachina.

Riendo, dicen unos; en una discusión, dicen otros.

Lo cierto es que eran pareja, hacía poco, desde sólo dos meses atrás. Él, su sherete. Ella, su wambra.

Dicen los añisientos que ella se había antojado de una motocicleta negra que se exhibía en el centro comercial del jirón Aliaga.

Para el Francés, otras eran sus prioridades.

—No quieres regalarme ese adefesio de moto y después dices que soy todo para ti; creo merecerme esa minucia —habría dicho acalorada, como los 38 grados que los sudores marcaban ese mediodía.

El Francés, desde sus ojos azules la miraba extrañado sin entender bien qué decía, ni de qué se trataba.

—Si no eres capaz de hacer ese esfuerzo por mí, entonces no puedes tenerme, ni detenerme, gringo tacaño —gritó como pihuicho en chacra de choclos verdes.

Como shimpu, se trepó sobre la baranda metálica del re-

cién estrenado puente metálico pintado de naranja, lanzándose al vacío.

Sobre la superficie de las barrosas aguas del Wallaga se formaron estremecedores, concéntricos y vibrantes círculos, los cuales se ampliaron hasta alcanzar la orilla.

Aterrado, el Francés se lanzó dentro de las marrones aguas del río, para rescatarla.

Se zambulló, buceó, braceó, abrió los ojos y el barro de las aguas lo obligaron a cerrarlos.

Subió a la superficie, tomó aire, miró a todos lados, gritó su nombre, se volvió a zambullir, se sumergió, nadó, braceó.

Una palizada lo arrastró, casi ahogándolo, varándolo como doscientos metros aguas abajo.

En busca de aventuras el puka Francés, cruzó el Atlántico y llegó a Tocache, anoticiado de que en estas tierras, se producía el mejor cacao aromático del mundo.

Quería poner una fábrica de chocolate e inmortalizar su nombre.

Mochila verde de infante de marina al hombro, descendió del bus y se dirigió al hotel España.

En la esquina la vio: alta, fresca, radiante, shallandera y con su pequeño hijo de la mano.

—Oui, oui, qué bonitas mujeres, hay en este lugar, Oui, oui.

Desde su metro setenta, esos ojos pardos tocachinos, barrieron su extraña figura, como diciendo: «¿Y éste? ¿De dónde salió?».

Despertó a medianoche y una sola visión había en su cerebro: la tocachina era devorada por las profundas y barrosas aguas del Wallaga.

Esa visión fue transformándose en pesadillas, duendes, fantasmas, espejismos, deslumbramientos, confusiones, irrealidades y alucinaciones.

—El yacuruna seguro que la ha tragado —comentaban asombrados los poblanos.

Dicen que el tunche de la tocachina se le aparecía, cada vez con mayor frecuencia, pidiéndole que la rescate, que la libere de los duendes y la yacumama.

Los agónicos gritos perforaban su razón: Que la salvara para ser felices eternamente. Que nunca dejaría de amarlo. Que era suya, solo suya. Su sherete, siempre.

El peso del ahogamiento taladraba su cerebro. El sentimiento de culpa fue minando su razón, como las pirañas saboreando sangre.

La buscó, desesperadamente.

Escudriñó todo cuanto estaba a su paso. La buscó por la ribera izquierda; a lo largo de la otra orilla, aguas arriba, aguas abajo del puente de Tocache; entre las palmeras, las zarzas, las ciénagas, los arbustos.

Trepado sobre los shiringales, las huimbas, los shimbillos, las bolainas y atadijos, la llamó.

Enrojecidos los ñahuis, atisbaba el río, su superficie, las palizadas, las riberas.

Peleó con los sitaracuys y fasacos que, de a pocos, le arrancaban la piel y la ropa a mordiscos, a pedazos.

Chúcaro, el Francés, no se detenía.

Subiendo y bajando a la carrera las 132 gradas del malecón al puerto, gritó a todo pulmón su nombre, hasta la afonía.

Fue perdiendo la ropa, su piel, la razón, sus zapatos mineros; y le fue creciendo la barba, el cabello, la paranoia, la demencia.

Desde niña se bañaba en el Wallaga y lo atravesaba de una orilla a la otra, como un añuje joven.

Dice que lo hizo sólo para asustarlo.

La tocachina maneja una moto negra, comprada en el centro comercial del jirón Aliaga; con el cabello pacucha flotando

Puka Yaku. Río de sangre

a los vientos del atardecer y los rayban, que el francés antes usaba.

Wayra uma le dicen unos, opa los patacinos, el loco franchute los tocachinos.

Lo verás trepado sobre los cables del puente Tocache, posheco y patacala husmeando el río, buscándola. Gritando su nombre con un remedo que quiere ser voz.

Hasta ahora.

La doña Sharito

Cuando se enteró que su sherete violaba a su ñañita de quince, fingió un ajuste de cuentas narcoterrorista y de un balazo lo mató.

Era la época negra de Tocache donde andar armado era un deber y reventar dólares en cualquier ocasión, una obligación.

Los tocachinos, envalentonados y orgullosos, decían:

—Saludo a los soplones con una bala, mi inguiri lo tomo mezcladito con su poquito de pólvora para el valor y en mi casa el timbre es una calavera.

Era raro no ver a tocachinos armados, aun hasta los colegiales.

—Una bala vale un dólar, ya vuelta paisita —retrucaba otro—; cuídese, que su cuello vale un billetito verde, je, je, ñañito.

Hermógenes Wacho, posheco, maltón y patacala se vino caminando tres días desde Tayabamba hasta tropezar con Tocache, buscando alquilo mejor, para la familia, su mujer y sus tres wawitas.

Con las esperanza de volver. No regresó.

Se encontró con que el mejor negocio era la pasta básica de cocaína.

«—Plata fácil y sin riesgo, paisita», si cumplías. Él cumplió y ascendió.

Un sicario, un montón de balas y tu cuerpo flotando en el

Wallaga: si cerrabas con la merca, el billete o un encargo. Él, se ranqueó.

Ley de los narcos. Si entras, no sales.

Se volvió importante en el negocio y compró casas, puso negocios y alquiló tierra para plantaciones de coca.

—¡Pobre no vuelvo a ser, jamás! —exclamaba borracho, en el patio de la 412, bailando con la música de Los Mirlos de Tarapoto.

Allí conoció a la doña Sharito, la siqui sapi más exhuberante de Tocache y la enamoró.

Sus veintisiete años y un trasero impresionante la hicieron popular.

Era la codicia de los pocos empleados públicos del poblado y la atracción de los narcos colochos y paseros peruchos que, a balazos, se disputaban sus favores.

A los quince la embarazaron y tuvo a su hija Zafyr. Del padre no supo más.

A sus trece años, Zafyr se parecía ya mucho a ella.

Había heredado su impresionante cuerpo, «aunque chobona y pispacha, su siqui sapi saca la cara por ella», comentaban los jóvenes narcos, mirándola pasar en shorcito apretado y zapatos altos.

Se juntaron y Hermógenes Wachó las llevó a su casa y la doña Sharito gastó un dineral amoblándola y decorándola. Él seguía abasteciendo de coca a las avionetas, que dos veces por semana, decolaban del aeropuerto de Tocache.

Zafyr creció y Wachó le celebró sus quince en La Chatita, con una orquesta venida de Lima y trescientas cajas de cerveza se consumieron en dos días.

Horas antes de la presentación en sociedad y medio borracho, Hermógenes Wachó la violó por primera vez.

Dos años después, la doña Sharito se enteró.

Descubrió en su ropero, tangas, baby dolls, lencería y

calzoncitos que no era de su propiedad. Eran de su hija.

Zafyr contó todo. Esos dos años también había sido su mujer.

—Este hijo de perra en mi propia casa y en mi propia cama se ha culeado a mi propia hija, ¡desgraciado!

La doña Sharito abrazó a su hija. Lloró. No dijo nada; simplemente se la juró.

La casa tenía una extensa huerta sembrada con bambúes, seticos, shiringas, almendros, pomarrosa, palmeras y aguaje, donde también la doña Sharito cultivaba variedad de rosas injertas traídas de Lima y claveles colombianos.

Por la cerca de la huerta ingresó el sicario, esquivando a los bóxer y doberman; misteriosamente, esa noche, no ladraron.

—«Estábamos durmiendo; se metió a nuestro dormitorio, nos amenazó de muerte; me amarró a la cama, abusó de mí, mi marido trató de defenderme y en el forcejeo, una bala lo mató».

El sicario no se llevó un solo dólar de los cuatro mil que había sobre la mesa de noche, ni las joyas que la doña Sharito tenía en su caja fuerte y su tocador.

Las tocachinas envidiosas y malhabladas, juran y rejurán «por san Fancito», que la doña Sharito, ella misma, con sus manos propias, por desquitarse del abuso a su ñañita, lo baleó.

El arma nunca apareció y como no hay evidencia, no hay delito.

La doña Sharito solo estuvo una semanita en la carceleta de la Comisería de Tocache.

Dicen que el comandante de la Guardia Civil le ayudó en todo y ella, toda generosa le devolvió el favor, «no hay que ser mal agradecida, ñañita», con varias noches de cama, en la cama de su difunto marido.

«El muerto bien muerto está y la viudita una penaza tiene».

Para conocerlas, simplemente que una moto te lleve al Milenium, un fin de semana cualquiera.

Las verás, a la doña Sharito seduciendo chibolos. A la buena Zafyr moviendo el impresionante siqui sapi, como ella sola sabe.

Proposición

Cinco mil dólares por hacerte el amor, hermosa Sussana —propone, con una amplia sonrisa de conquistador, Rodolfo El Cano, uno de los narcotraficantes más importantes de la zona de Tocache y anexos, dando un sorbo a la bebida que tiene en su mano.

Desde sus veintisiete años, la hermosa vedette ríe complacida.

Ha llegado desde Lima para una serie de shows en nights exclusivos y reservados y para personajes selectos. Narcotraficantes en su mayoría.

No es novedad ver en Tocache y sus polvorientas calles a las bailarinas limeñas más promocionadas por la televisión.

Sussana La Leonella es una de las vedettes más cotizadas en el mercado limeño.

Desde su metro setentaicinco de esbeltez y sus caderas deseadas, entornando su felina mirada, le respira sensualmente una bocanada de humo a la cara.

El jefe narco sonrío esperando una respuesta.

Cruza sus largas piernas, deja ver por la abertura de su ceñido vestido sus hermosos muslos que, en el escenario, son sensación y deseo.

—Está bien, señor El Cano, lo que usted diga, pero con una condición —dice Sussana La Leonella, con la más sensual entonación de voz.

Puka Yaku. Río de sangre

De la hielera saca unos cubitos y los coloca dentro de su vaso.

—Lo que tú quieras, preciosa; eres mi reina y tú mandas —galán y conquistador, replica.

Alrededor de la mesa de la pareja, los invitados beben, bailan y consumen gratuitamente todo tipo de tragos y pasta básica de cocaína.

Es su cumpleaños número cuarenta y quiere a Sussana La Leonella como la cereza de su torta.

—Haremos el amor, señor El Cano, con la luz apagada y sin besos, caricias ni abrazos.

Nadie sabe qué sucedió después.

Carrizos

Agarren a ese hijo de puta! —vociferó el Lechuza, saltando calato de su cama de dos plazas y media, donde había pasado una noche de sexo y coca con dos hermosas colochas, recién llegaditas de Cali.

Brincando en una pierna y luego en la otra, se metió un jean azul desgastado, se calzó unos mocasines amarillos, sin medias y, cogiendo un polo verde a rayas que estaba tirado sobre el piso, se lo colocó a través de su cabeza.

Abrió el ropero empotrado de pared a pared, con espejos en toda su extensión; sacó una mochila azul, previamente preparada, y, cogiendo su mini uzi de veinticinco tiros, sin decir palabra, bajó los escalones de la escalera, de tres en tres, saltando sobre el piso de porcelanato de la sala.

Ingresó al traspatio. Levantó una tapa metálica, se trepó a una escalera de gato y se metió a un túnel de ciento cincuenta metros que lo llevaba a una pequeña playa de arena del Wallaga.

El sopló había sido confirmado y, por ello, el Lechuza huía despavorido.

Llegó corriendo al final y el resplandor de las aguas barrosas lo hicieron pestañear.

Corrió sobre el entablado aparcadero y saltó sobre un deslizador de quinientos caballos de fuerza, que lo esperaba con el motor encendido, listo para arrancar y perderse entre las brumas de esa friolenta madrugada, rumbo a Juanjuí,

Yurimaguas o no se sabe adónde.

Cuando las fuerzas combinadas contra el narcotráfico ingresaron a la tremenda mansión del Lechuza, sólo encontraron a su guardián, su cocinera y a dos chillonas colombianas, apenas cubiertas con las sábanas, lloriqueando y explicando que estaban allí «sólo por un intercambio cultural».

—¡Perro de mierda, Nacho malparido, te vas a arrepentir por esta cagada —amenazaba el Lechuza, mientras el velocímetro del deslizador marcaba ciento cuarenta kilómetros.

Cosas con mujeres.

El Lechuza le había quitado a Nacho una de sus wambrillas preferidas, la ojiverde Nathalia, hija del celendino Antenor Chávez, una hermosa colegiala del Scorza, de 16 años.

Nacho, su socio colombiano, no perdonaría tamaña ofensa. Y en el código de la mafia, eso se paga con la cárcel, el destierro o la muerte.

Habían trabajado cinco años juntos, negociado juntos, coqueado juntos, mozandereado juntos, sobrevivido a balaceras juntos.

Tampoco hubo disculpa alguna. Era una lucha de quién puede más.

Era el último pase juntos y «¡el Lechuza que hace la cagada!».

A las 11 y 55 de la noche descendería una avioneta colombiana trayendo costales de dólares. Dólares que no se contaban, se pesaban. De paso, llevarse un cargamento de dos toneladas, de la blanca y pura.

Nacho se lo dijo al Comandante de las fuerzas combinadas acantonadas en Madre Mía.

Cayeron con todo. Decomisaron los costales de dólares y la merca entera y completita. Incendiaron la avioneta. Festejaron el gran golpe.

—Ya te cobrarán los colochos, cabrón de mierda —mur-

muró Nacho.

Fueron en busca de el Lechuza, quien celebraba el éxito del pase con whisky etiqueta negra y dos hermosas colochas de no más de veinte años de edad.

Dispararon sobre la torre de vigilancia con fusiles y silenciador, cortaron los cercos eléctricos, burlaron las minas antipersonales y entraron a la casona.

El Lechuza había desaparecido hacía cuarentaicinco minutos antes. Una llamada de emergencia de Anastasio, su lugarteniente, le advirtió a las justas.

Decomisaron todo cuanto encontraron de valor. Esculturas, joyas, relojes, radios, menaje de plata, candelabros, armas. Hasta las botellas de ron caribeño y tequila mexicano, incluyendo a las dos llorosas colombianas «para que en la base den su manifestación» y algunas cosas más.

Los guardaespaldas de el Lechuza peinaron las dos calles longitudinales de Tocache. Metiendo bala, irrumpieron en bares, cantinas, restaurantes y discotecas.

Arrasaron con la casa de Nacho en la salida al aeropuerto, dejándola en la miseria, matando hasta a su doberman de nombre O may gad.

—Se ha ido a Sión —les dijo un informante.

Fueron hasta el río y tomaron una lancha con motor fuera de borda y sobre las tranquilas y barrosas aguas del Wallaga, se dirigieron hasta el puerto del bíblico nombre.

Lo encontraron en el restaurante El Sherete, con su wambrilla saboreando una gallina canga y dos doncellas a la plancha, con media docena de cervezas consumidas y otras por consumir.

Los reconoció y se le paralizó el cerebro, los músculos y las articulaciones.

Sabía que no saldría vivo.

Lo llevaron al parque principal del poblado y de un cula-tazo lo acostaron de cara al sol.

Un sudoroso aldeano con botas de jebe y machete al cinto, lentamente atravesaba el parque, con el sol sancochando su cuerpo; llevaba sobre sus hombros una carga de varas de caña brava para el techado de su choza.

Lo pararon y dándole unos billetes de cien dólares, le pidieron que hiciera un ciento de flechas de bambú, «de esas para cazar sajinos, añujes y paujiles», le dijeron.

Es decir, bien afiladas y puntiagudas.

Se las fueron clavando, una a una, en todo el cuerpo.

Las manos, los pies, los antebrazos, las piernas, los brazos, los muslos, el pecho, las costillas, el cuello, los ojos, la nariz, los oídos, la boca, el abdomen, el bajo vientre...

Donde cupieran las cien flechas.

Dicen que al principio Nacho el colicho, lloraba, gritaba, imploraba; luego, tan solo se quejaba. Al final, nada. Se desangraba por dentro.

Los curiosos, arremolinados, solo miraban.

Un gallinazo vestido con su clásico negro, desde un zapote, batía sus alas.

Recreo bar

Yo sabía que estaba pedido, ingeniero —nos dice don Gamaliel Saboya, desde sus ochenta años y el brillo de sus ojos pardos— y no me quedó otra que prepararme para lo que tendría que suceder.

Nos encontramos en Don Remigio, al costado del Wallaga, para saborear «un picuro al vino», una cerveza y algunas historias por escuchar.

—Es la impotencia de ver que tu pueblo se desangra y no poder hacer nada —interviene el abogado León Leónidas P. Waywa, como se lee en su tarjeta de presentación, quien ha hecho posible esta reunión.

—De impotencias usted debe saber mucho, estimado doctor —digo sonriendo, pretendiendo disminuir las tensiones de la presentación.

—No sólo yo, ingeniero; quien está a mi costado debe saber mucho más que yo —replica riendo, acomodándose el cabello negro con su mano derecha.

—Ja, ja, ja —reímos, haciendo un salud con una «cusqueña red lager».

Don Gamaliel y el Dr. Waywa beben agua mineral. Sus religiones no le permiten beber nada que contenga alcohol. Así dicen.

—Son mundanas —me dices.

—Gracias —digo yo.

Es mediodía y las mesas del local se van llenando de visi-

tantes y comensales. Las meseras aceleran su paso y sus «buenos días, ¿mesa para cuantos?», preguntan.

—La vida no ha sido fácil, ingeniero —nos dice don Gamaliel Saboya cerrando los ojos, luchando internamente contra las aún no cicatrizadas heridas que hay en su alma y en su corazón.

Un íntimo batallar con sus recuerdos, su nostalgia, su tragedia y su cerebro.

El local con su forma octogonal y techo de palmera tejida, en forma de maloca, tiene un atractivo especial.

—La gente cree que pasábamos una vida de dioses en esos tiempos, ingeniero, pero no es verdad: plata había, dólares en costales, billetes en cantidad, pero también había violencia, muertos a cada rato y en cualquier sitio, nadie estaba seguro de nada. Amanecía, ingeniero, y sobre el Wallaga flotaban los cadáveres: tres, cuatro, diariamente —su rostro se endurece con los recuerdos—; fiesta en que no había muertos, no era una buena fiesta.

Miro mi vaso y está a la mitad: está medio vacío o medio lleno, pienso.

—¿Sabe cuándo se jode todo esto ingeniero? —pregunta don Gamaliel Saboya y yo muevo la cabeza negativamente—. Cuando Sendero se une con las mafias y se vuelve guardaespaldas de los narcotraficantes; y, se empeora cuando la fuerza armada toma el control militar de la provincia.

Arreglo mis lentes, a la espera de mayores argumentos.

—Vivíamos bajo tres fuegos, ingeniero —nos dice con un ligero temblor de voz—: Los terrucos, los narcos y los cachacos —mirando a la distancia—; todos éramos sospechosos de todos y por nada —nos dice.

El calor comienza a hacerse sentir y los ventiladores funcionan a su máxima velocidad.

—Eso no era vida, ingeniero —concluye secándose la rugosa frente con su pañuelo.

—Es cierto, ingeniero, que los militares trajeron la paz. Limpiaron a la zona de narcos, mafias y terrucos; pero, a costa de cuántos muertos inocentes y sacrificados sin culpa alguna.

Cuántos inocentes murieron por tener la desdicha de cruzarse entre las balas de los narcos, por el control de la coca.

Cuánta gente pobre murió por las balas y los cuchillos de los terroristas, de los narcos, las mafias y por los militares.

Todos éramos sospechosos, todos podíamos ser señalados como soplones: nadie preguntaba nada, solo te disparaban y chau. A veces solo por puro gusto.

Y encima no podías recoger los cadáveres sin autorización de la ronda. Si lo hacías, te mataban.

Mirabas mal a un capo y un balazo te destrozaba la frente.

Le gustaba tu hija, tu mujer o tu hermana a un terruco y, simplemente, se la llevaba y no podías decir nada.

Esa era mi provincia, ingeniero.

Se le quiebra la voz. Yo siento la garganta seca.

—Yo pude ser un muerto más, ingeniero —me comenta bebiendo un sorbo de su agua mineral—, pero Dios es muy grande y me protegió y aquí estoy para contarle, dicen que mala yerba no muere —sonríe sin ganas.

—Uno más en las estadísticas de la Comisión de la Verdad —comento tratando de bajar la tensión del momento.

—Nadie sabe, exactamente, cuántos muertos hubo en esos años, ingeniero —me contesta rascándose la barbilla—. Nadie reportaba nada, nadie recogía a los cadáveres; cuántos aventureros y forasteros quedaron flotando sobre el Wallaga o en los pozos de agua de las casas.

Así de terrible era nuestra vida, ingeniero.

Una pareja de esposos, ya mayores, se acercan a nuestra mesa y lo saludan con sorpresa y cariño; le preguntan por su esposa, por su familia, por sus hijos.

Yo saludo cortésmente, con un movimiento de cabeza.

—La gente cree que vivir en medio del dineral te volvías millonario, que por estar rodeado de toneladas de coca te hacías narcotraficante y que por vivir cercado por senderistas te volvías terruco.

Los tocachinos estábamos cagados, ingeniero: éramos millonarios, narcos o terrucos.

De las mesas vecinas, una que otra mirada se extravía hacia nosotros. Yo sólo muevo la cabeza.

—Es cierto, ingeniero, mucha gente que supo pensar hizo su platita y la invirtió bien: compró terrenos, casas en Lima o puso su negocio propio; es decir, guardó pan para mayo.

El tocachino común y corriente fue un cojudo.

Creyeron que el negocio de la coca iba a ser eterno y cuando llegaron los *toco tocos* con los milicos dentro, se quedaron sin nada. Se fueron a la misma mierda, ingeniero.

Lo veo sonreír y también sonrío. El Dr. Waywa escucha en silencio.

Yo tenía un recreo bar, modestamente, el mejor de Tocache. Me saqué el alma para construirlo y empeñé lo poco que tenía.

Traje por primera vez a Los Mirlos de Tarapoto cuando eran sensación en Lima, y el difunto Juaneco estuvo dos veces en mi local, con lleno total.

Éramos un pueblo tranquilo, todos nos conocíamos y nos saludábamos e íbamos a misa los domingos; hasta que llegaron los narcos y se desató la guerra entre los grupos de peruanos y colombianos.

Llegaban los narcos con su metralleta al hombro, alquilaban mi local y yo tenía que darles, no me quedaba otra. Traían bailarinas de Tarapoto, Trujillo, Chiclayo y de Lima y armaban fiestas de tres días, con sus noches respectivas.

Luego vinieron los senderistas y a punta de bala, exigían

mi local para sus festejos personales y fiestas de apoyo popular. Consumían lo que querían y encima no pagaban.

Si no lo les daba lo que querían, me mataban.

No había chicas, iban de casa en casa y requisaban a toda escoba con falda que encontraran; después las llevaban al monte, para adoctrinarlas y que sean sus mujeres y sus cuadros.

Hasta que llegaron los *toco tocos* y las fuerzas combinadas del ejército y la Guardia Civil. Entraron a las casas de los narcos. Requisaron todo lo que había. Los dejaron jodidos y calatos. Los terroristas desaparecieron como por arte de birlibirloque.

Yo estaba en Lima.

Cuando regreso de viaje, un viejo amigo guardia civil, me dice:

—Amigo Gamaliel, está en la lista de los pedidos, usted verá que hace.

Mi nombre estaba en la relación de requisitorizados, iban a capturarme en cualquier momento y donde sea.

Así que me resigné. Mi mujer y mis hijos estaban viviendo en Lima hacía años. Yo, aquí estaba solo.

Decidí que lo mejor era presentarme: «Gamaliel, estás jodido; lo que tenga que suceder, que suceda», y me preparé.

En tres días me presentaría en la comisaría.

Fui al notario y dejé todas mis cosas en orden. Mi casita en Tocache, en Lima; lo poco que tenía.

Me preparé físicamente, hice ejercicios y caminatas. Fortifiqué mi cuerpo. Me alimenté bien, comí carne de todo tipo para tener proteínas; arroz, plátano, para tener reservas.

Fortifiqué mi alma. Me mentalicé para no sentir dolor. Sabía que me iban a sacar la mierda, que me iban a hacer cantar en todos los idiomas. Aunque no tenía nada que declarar en contra de nada ni de nadie, no quería que el dolor me quebrara.

La noche anterior, solito me emborraché hasta donde pude,

en mi casa. Me bebí todos los tragos que tenía en mi bar.

Al siguiente día fui a la Iglesia, confesé todos mis pecados, y los que no tenía, también, por si acaso. Comulgué y quedé en paz con el de arriba.

Me mentalicé. No me quedaba otra y me presenté.

Llegué a la Comisaría y pedí hablar con el Comandante. Me hicieron sentar en la recepción con dos guardias civiles a mi costado, hasta que uno de ellos me acompañó hasta su despacho.

—Soy Gamaniel Saboya, jefe —le dije mirándolo a la cara—, y antes que me capturen vengo a entregarme, señor.

El Comandante me miró sorprendido.

—Alférez, tráigame la lista de erre qus —ordenó y el susodicho le alcanzó un folder lleno de papeles.

Los revisó y mirándome a la cara me preguntó:

—¿De qué delitos se acusa? ¿Y por qué ha venido a entregarse?

Con toda serenidad y parado frente a su escritorio, le contesté:

—No he cometido ningún delito, Comandante. Yo tengo un recreo bar, el cual era tomado, bajo amenazas de matarme, por narcotraficantes y terroristas. Allí han bailado, emborrachado, mujereado y mozarendeado las veces que han querido y no podía negarme —le expliqué.

Estuve media hora contándole lo que pasaba en mi recreo bar y el Comandante me interrumpía a cada rato, para preguntarme:

—¿Conoce a fulano? ¿Qué sabe de zutano? ¿Es cierto que mengano...? ¡Nombres, quiero nombres, deme nombres!

Yo negaba con la cabeza. Claro que los conocía. En pueblo chico todos nos conocemos, ingeniero. Yo no iba a echar a nadie. Yo iba a defenderme sólo. A eso había ido yo.

Ordenó que me llevaran a la celda. Allí comenzó mi

calvario.

Ya había algunos presos y diariamente llegaban cuatro o cinco más.

Los más jodidos estaban amarrados de manos y pies y no podían ni siquiera comer; se orinaban y se cagaban en su pantalón y el cuarto apestaba a pura mierda. Y con este calor, debe imaginarse. Las moscas se metían hasta en nuestras narices. Yo, haciendo ascos del asco, les daba de comer en sus bocas.

En las noches nos sacaban de dos en dos a otra celda y allí nos sacaban la mierda, para que hablemos, para que inculpe-mos a otros.

Nos calateaban, ingeniero. Y, con toalla mojada, para no dejar huellas en nuestros cuerpos, nos pegaban hasta cansarse.

Luego nos metían de cabeza en baldes con mierda y orines hasta casi ahogarnos.

—¡Esto se llama orinoterapia! —decían y se reían.

A varios se les pasó la mano y murieron ahogados en mierda.

A la cinco de la mañana nos baldeaban y con esa agua nos lavábamos la cara y la juntábamos en lo que podíamos, y como la sed nos mataba por el tremendo calorazo de Tocache, de esa agua tomábamos.

A otros les disparaban con balas de fogueo, para aterrorizarlos.

Las noches eran insoportables. Las torturas, con fiscal o sin fiscal, duraban quince noches. Los gritos de dolor y de desesperación quebraban al más fuerte.

Cuántos habrán muerto en esa comisaría, no lo sé, ingeniero.

Mira su vaso y se toma un trago. Tiene la voz quebrada y los ojos pardos humedecidos.

Lo miro con el alma constreñida y la garganta seca. Creo

Puka Yaku. Río de sangre

que el Dr. Waywa, también.

—Yo contaba los días, uno a uno; quería saber cuánto resistiría mi cuerpo. Los primeros días no podía ni moverme, hasta que mi cuerpo se fue habituando. Ya no sentía dolor.

Al vigesimotercer día vino un guardia con un papel en la mano.

—¡Ese Gamaliel Saboya, con sus cosas, afuera! —gritó.

—Cosas de la vida, ingeniero —nos dice con una mueca de sonrisa—, sino había llevado nada.

Se toma otro sorbo, hasta dejar el vaso vacío.

—Miré a mis compañeros de desgracia y se me arrugó el corazón. Me abracé con los que conocía. Tampoco estaba seguro si saldría libre. Decían los presos que se llevaban a los cumpas y terrucos para fondearlos en el Wallaga. No lo sé, ingeniero.

En la puerta me esperaban mi mujer y mis hijos.

Me abracé de ellos y lloré como nunca, como lloran los hombres de verdad, ingeniero.

Había vuelto a vivir.

Gruesas lágrimas discurren por las trajinadas mejillas de don Gamaliel Saboya.

Bebo un trago largo de cerveza y su líquido abre surcos en mi reseca garganta.

Como las cristalinas aguas de los puquios, sobre la resquebrajada arcilla de los campos de mi tierra, en los veranos intensos de julio.

También estoy llorando.